

Revista de **FOLKLORE**

Nº 26



Naranjón?

Jesús Arranz González ■ Angel Carril Ramos
José Delfín Val ■ José María Domínguez Moreno
Manuel Garrido Palacios ■ Jesús López Sobrino
José Nieto Serrano - Isabel Herrera ■ Ignacio Sanz

Editorial

Parece que una de las graves amenazas que se ciernen sobre la sociedad rural, habitual beneficiaria de la cultura tradicional, es el desequilibrio al que le lleva el ataque de elementos ajenos a su idiosincrasia. Ciertamente que la comunidad rústica recibió en el pasado influencias canalizadas a través de la actuación de esos marginales a que nos referíamos en pasado comentario; pero todas esas nuevas ideas o aportaciones penetraron poco a poco y en un lapso de tiempo considerablemente amplio, de modo que su inserción en la vida cotidiana de ese grupo se llevó a cabo sin traumas espectaculares. No podemos decir lo mismo del momento actual, en que la vieja concepción de comunidad rural, autosuficiente, casi perfecta en su forma, jerarquizada según normas seculares, se ve amenazada y agredida en diferentes frentes: La jerarquía establecida desaparece (los ancianos dejan de ser los portadores de cultura y experiencia para convertirse, a la luz de la nueva situación, en un elemento más del núcleo familiar; elemento incómodo en ocasiones). Los valores tradicionales (disfrute del tiempo, vida pausada, amor a la naturaleza, contacto afectivo o sentimental con la tierra en la abundancia y la necesidad, etc.) se ven rechazados por leyes novedosas que basan sus principios en una filosofía que desestima los valores del espíritu y fomenta la ambición —al poder, al dinero— como motor de la conducta humana. La sociedad rural, habitualmente desconfiada ante los cambios o progresos, deja entrar sin cuidado en su propia casa a los medios de comunicación (comunicando exclusivamente en una dirección, claro) que no sólo inculcan un tipo de cultura ostensiblemente ajena y masificadora, sino que permiten a perfectos incompetentes opinar sobre lo humano y lo divino, viéndose esa opinión magnificada (por aquello de que el que aparece en televisión es importante) hasta el extremo de instar al espectador prevenido a considerar lo que oye y ve como válido y aceptable, aun cuando, con frecuencia, vaya en contra de sus propias convicciones.



SUMARIO

	<i>Pág.</i>
Don Juan Manuel: Senequismo	39
Jesús López Sobrino	
Rituales del fuego solsticial	45
José M. ^a Domínguez Moreno	
Herramientas de los resineros	50
Ignacio Sanz	
El Empecinado	52
Jesús Arranz González	
Antolina, flor de lina	55
Manuel Garrido Palacios	
La pastorada de Cáñar	58
José Nieto Serrano - Isabel Herrera	
La calle La Sierpe	62
José Delfín Val	
Bailes de Salamanca	64
Ángel Carril Ramos	
Canciones y Cuentos	70

EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR.
Fuente Dorada, 21 - Valladolid, 1983

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díaz.

ASESORA: Centro Castellano de Estudios Folklóricos.

DEPOSITO LEGAL: VA, 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Tipografía Cristo Rey.—Avda. de Gijón, 17 - Valladolid - 1983.

D. JUAN MANUEL

La influencia de Séneca en sus escritos

Jesús López Sobrino

En nuestro artículo anterior apuntábamos la importancia de D. Juan Manuel con relación a la cultura popular. En el presente trabajo nos vamos a ceñir a la influencia senequista que se advierte en sus escritos. En la pervivencia de Séneca y en su concepto cristiano de la vida, podremos encontrar la explicación de esa «tendencia moralizadora o eticista» que respiran los escritos de Juan Manuel. El escritor castellano es sin género de dudas senequista, no sólo porque lo hayan proclamado diversos autores, sino porque el espíritu de Séneca pervive consubstancialmente en sus obras.

Se han escrito muchas páginas sobre el senequismo español, pero la mayor parte de ellas sin precisión y poco trabajadas, a pesar del entusiasmo que siempre ha existido por Séneca en la literatura hispana.

Dejando a un lado al polemista Américo Castro, rotundo afirmador de que Séneca no era español ni los españoles senequistas (1), hacemos nuestro el pensamiento de Guillermo Díaz Plaja sobre el senequismo:

«España ha sido siempre clima propicio a la doctrina de Séneca. Juzgado por algunos como genio representativo de nuestra estirpe, se ha estudiado el senequismo como un fenómeno indeclinable del temperamento español. Con su espíritu y su estilo guarda evidentemente ocultos puntos de contacto, el sentido práctico de la raza hispana y el genio aforístico de la lengua, amante de sentencias y proverbios concisos y transparentes. Y bien por inconsciente ascendencia senequista, bien por natural tendencia de nuestro espíritu, la ética ha sido casi siempre la afición preferente sobre todas las demás ramas de la filosofía; v. gr.: Luis Vives, Gracián, Quevedo, Feijóo, Balmes, Jorge Manrique. Poseían sus obras D. Juan Manuel...» (2).

Es claro que la ética cuenta con gran abundancia de páginas en la literatura española. Mientras que Italia y Francia producen los asuntos de festiva escabrosidad como el Decamerón y los fabliaux, en España se escriben obras éticas siguiendo la intención moralizadora del apólogo tradicional; el Conde Lucanor es un claro exponente.

Ahora bien; ¿el eticismo abarca todas las virtudes del senequismo? Podemos decir que es una de sus notas principales. El senequismo, además, encierra en sí una serie de conceptos, recogidos admirablemente en esta definición descriptiva de García Borrón:

«Senequismo es una actitud vigorosamente eticista, de atención casi exclusiva al hombre individuo, obsesionada por la exigencia moral del bien y la presencia real del mal, que implica sentido trágico y ofrece como notas afirmativas realismo, celo por la dignidad de la persona, sentimiento del deber de fidelidad a esa misma dignidad, admiración al individuo egregio por sus cualidades de ánimo, sentido de la radical igualdad de los hombres, concepto del hombre «hijo de sus obras», ilimitado amor a la independencia, rigor en la autoimposición de deberes, primado de la voluntad, culto a las virtudes viriles, sobriedad, frugalidad, ascetismo, honda preocupación por la muerte y agudo sentido de pervivencia» (3).



Sin pretender forzar la obra de Juan Manuel para amoldarla al esquema descriptivo de García-Borrón, advertimos a través de los escritos del prócer castellano que el senequismo está presente en sus páginas y no de un modo superficial, sino ambiental y personal. El filósofo hispano-romano influye en D. Juan Manuel con su personalidad estoica, pero éste le cristaliza. Y, si a veces las máximas de Patronio o de otros personajes parecen inspiradas en una ética puramente natural, muy lejanas al Mandamiento del amor, esto obedece más a la contextura peculiar del siglo XIV que a un alejamiento consciente del cristianismo.

Guiados por la descripción de García-Borrón, procurando evitar un andamiaje preconcebido, reseñamos la faceta senequista en los escritos manuelinos:

1.—*Actitud vigorosamente eticista.*

Esta actitud es medular en la obra de D. Juan Manuel. A él le interesa la ciencia útil, no la ciencia vana. Está obsesionado por el problema de la supervivencia eterna, que se consigue a través de los méritos de Cristo y de las buenas obras. Los enxiemplos son breves tesis de moral a pesar de su apariencia cuentística. La mayor parte de su producción tiene un sello marcadamente eticista o moralizador. En el Libro de los Estados, sus lecciones de moral alcanzan a todos los estados o situaciones de la vida, regulando la problemática existencial del hombre dentro de unos cauces cristianos.

Si los escritos del Infante no fueran por sí solos capaces de mostrarnos a un eticista, tenemos la intención que el mismo autor persigue en sus obras: el desco de ayudar a los hombres a conseguir el fin último. Claramente lo expone en el prólogo del Conde Lucanor (4).

No vale argüir que la tendencia moralizadora era común entre los escritores del siglo XIV. Petrarca, Boccaccio, el Arcipreste de Hita o López de Ayala... son, a vía de ejemplo, completamente diferentes a D. Juan Manuel, a pesar de abordar como él temas religiosos y moralizantes.

Sin embargo, Juan Manuel no debe ser considerado como un moralista en el sentido estricto de la palabra, porque en el siglo XIV no se había desgajado suficientemente la ciencia moral de la dogmática y porque el Señor de Peñafiel es un «lego» que no pretende escribir, de forma sistemática, tratados de teología o de moral. No obstante estas acotaciones, Juan Manuel apunta condiciones de fino moralista, aquilatando situaciones y conceptos que le acreditan como un buen conocedor de la ética cristiana. He aquí su aguda observación sobre la limosna:

«Et para que la limosna sea buena, conviene que haya en ella estas cinco cosas: la primera que se faga de lo que home hobiere de buena parte; et la otra, que la faga estando en verdadera penitencia; et la otra, que sea tanta, que sienta home alguna mengua por lo que da, et que sea cosa de que se duela home; et la otra que la faga en su vida; et la otra, que la faga simplemente por Dios et non por vanagloria nin por ufanía del mundo; et haciendo estos cinco cosas, serán todas las obras de limosnas cumplidas et habrá home de todas muy buen gualardón» (5).

2.—*Atención casi exclusiva al hombre individuo.*

Los libros están confeccionados en un plan personalista, tanto por la dedicatoria (casi siempre a un familiar), como por los personajes, que, siendo históricos o simbólicos, representan a una persona concreta:

«Hermano señor don Johan, por la gracia de Dios arzobispo de Toledo, primado de las Españas et chanceller de Castiella, yo, don Johan, fiijo del Infante don Manuel, adelantado mayor de la frontera e del regno de Murcia, me encomiendo en la vuestra gracia et en las vuestras oraciones» (6).

Es de sobra conocida la obsesionante preocupación por todo lo relacionado con su estirpe y familia. La educación de su hijo le empuja a escribir un libro directamente dirigido a Don Ferrando, que le titula de esta manera: «El libro de los castigos o consejos que fizo don Johan Manuel para su fiijo et es llamado por otro nombre el libro infinito».

Los personajes de sus escritos son personas concretas, pertenecientes al pasado o al presente. Así estos protagonistas del Libro de los Estados, aun con el nombre ficticio, pueden identificarse como seres reales: Julio Domingo de Guzmán o el dominico Alfonso Buen Hombre; Rey Morabán = Infante Don Manuel; Johas = el mismo Don Juan Manuel...

3.—*Sentido trágico de la vida provocado por la presencia del mal y la exigencia moral del bien.*

Juan Manuel, por circunstancias vitales nada agradables, por un exagerado escatologismo, por la pervivencia de la mentalidad medieval sobre la fugacidad de la vida, por el concepto senequista apuntado en este apartado... tiene una interpretación pesimista de la vida del hombre. El hombre tiene muchas imperfecciones:

«...qué cosa es el home en sí, et quien en esto cuidare, entenderá que non se debe el home mucho presciar» (7).



El hombre tiene en sí tal cúmulo de imperfecciones que difícilmente puede vanagloriarse de las notas positivas. En varios sentidos es hasta inferior a los animales:

«Bien creed, señor Conde, que entre todas las animalias que Dios crió en el mundo, ni aún de las cosas corporales, non crió ninguna tan conplida ni tan menguada como el home» (8).

El hombre en la visión manuelina, parece estar encerrado en la limitación y en la vileza. Es algo turbia su existencia. Como muestra de ese pensamiento transcribimos sus manifestaciones acerca de los comienzos de la vida en el hombre y cómo se encuentra siempre envuelto en el mal y en constante frustración:

«Sin duda, la primera vileza que el home ha en sí es la manera de que se enjendra también de parte del padre como de parte de la madre; et otrosí la manera como se engendra...

...pero nuestro señor Dios quiso que todas las criaturas fagan tres cosas. La una es que lloran; la otra es que tremen; la otra es que tienen las manos cerradas. Por el llorar se entiende que viene a morada en que ha de vevir siempre con pesar et con dolor, et que la ha

de dejar aún con mayor pesar et con mayor dolor. Por el tremer se entiende que viene a morada muy espantosa, en que siempre ha de vevir con grandes espantos et con grandes recelos de que es cierto que ha de salir aún con mayor espanto. Por el cerrar de las manos se entiende que viene a morada en que ha de vevir siempre cobdiciando más de lo que puede haber, et que nunca puede en ella haber ningund complimiento acabado» (9).

Las penalidades aumentan según avanzan los diversos capítulos de la historia del hombre, hasta el punto de superar los pesares a los placeres:

«Et ponga cada uno la mano en su corazón, si verdat quisiere decir, bién fallará que nunca pasó día que non hobiese más enojos e pesares que placeres» (10).

Mayores que las limitaciones de tipo físico son las morales, que impiden al hombre la consecución del fin último. La proclividad manifiesta del hombre hacia el pecado (11) y la escasa fiabilidad que ofrecen las tendencias humanas sobre todo en la juventud (12) contribuyen a acrecentar la distancia casi insalvable del bien, al que por otra parte estamos llamados. Esto produce en el hombre una desazón que a veces cristaliza en tragedia. De ahí el sentido trágico de la vida provocado por la presencia del mal y la exigencia moral del bien.

4.—*Realismo.*

La visión real, práctica de la vida, es una de las constantes en la obra de D. Juan Manuel. Sus escritos respiran realismo en la intencionalidad y en el fin didáctico que persiguen. El deseo constante del escritor castellano es que su obra sirva de provecho a los lectores.

Como exponente de ese realismo, que con frecuencia podría tener el apelativo de «positivista», traemos el enxemplo de Doña Truhana (versión antigua del cuento de la Lechera) que es una crítica del sueño inconsistente. Juan Manuel resume así el enxemplo de Doña Truhana:

«A las cosas ciertas vos encomendad et de las fiucias vanas vos dejad» (13).

5.—*Sentido de la radical igualdad entre los hombres.*

En la primera parte del Libro de los Estados, en el capítulo XII, Turín expone esta idea a D. Juan Manuel: los hombres son iguales sobre todo porque Dios poderosamente así lo ha dispuesto:

«Señor, vos me dijistes muchas razones por qué entendíades que el nascer et el crescer, et

el envejecer et después la muerte, que en todos los homes era igual, et mandástemme vos que vos dijiese si era verdad esto que vos entendiedes. Otrosí me mandastes que vos dijiese que si esto así fuera, que por cual razón non había ninguna aventaja entre los reys et los grandes señores et las otras gentes. Ciertamente, señor, también en esto como en otras razones que vos yo he hablado en esta razón, excusara yo hablar muy de buena mente, si pudiera; mas pues me conviene que vos la diga, sabet que así como vos la cuidastes que así es: et la razón por qué es así es por dos razones; la una, por razón que los homes son compuestos de los cuatro humores que se facen de los cuatro elementos, et porque los elementos obran así en los unos como en los otros, por ende estas cosas son igualmente así en los unos como en los otros; et la otra razón mayor es porque tan grant es el poder de Dios et tan gran es la su nobleza, que a comparación del non vale más un home que otro, et por ende en estas cosas obran en todo igualmente» (14).

Quizá Juan Manuel a la hora de exponer la igualdad de los hombres se haya olvidado de apuntar el argumento del valor duradero de esa parte del hombre que se llama alma. Menéndez Pidal, haciendo análisis de la historia de España, describe la perfecta trabazón que puede existir respecto de este punto entre Séneca, lo español y lo cristiano:

«Así el español está naturalmente inclinado al pensamiento estoico, tan acendrado en Séneca: el alma es el único valor del hombre y ella hace iguales al siervo y al señor. Por ese estoicismo innato no hay pueblo que más íntimamente haya recibido la enseñanza cristiana respecto a la igualdad de todos los humanos ante los ojos de Dios, Creador y Redentor» (15).

6.—Concepto del hombre «hijo de sus obras».

Es archisabida la importancia que Juan Manuel otorga al linaje y a la prestancia socio-económica del individuo o de la familia. Pues bien: todo ese complejo dinástico-herencial está supeditado a las buenas obras que realice el hombre. Este es más importante por sus obras que por su linaje y riqueza:

«...ca cierto creed que en mal punto fue nascido el home que quiso valer más por las obras de su linaje que por las suyas» (16).

Esta tesis la expone Juan Manuel en el delicioso enxemplo XXV del Libro de Patronio. El yerno del Conde de Provençia libera a su suegro de la prisión del soldán Saladín gracias al consejo del mismo Saladín, que había sugerido al Conde de Provençia un

marido para su hija, egregio por sus obras y cualidades, no tanto por su linaje y riquezas:

«...et tuvo que más de preciar era el home por las sus obras et por la nobleza de su linaje, que non por la riqueza» (17).

7.—Culto a las virtudes viriles, sobriedad, frugalidad, ascetismo...

El aprecio de las virtudes ascéticas entronca perfectamente con el pensamiento de los estoicos y por supuesto de Séneca. También muchos autores han hecho patrimonio común de un gran sector de filósofos hispanos el culto a la temperancia en el uso de los bienes y placeres. Menéndez Pidal, analizando el senequismo español, llega a decir que todo español es un «senequista innato»:

«En virtud de ese senequismo espontáneo el español, por lo mismo que soporta con fuerte conformidad toda carencia, puede resistir las codicias y la perturbadora sollicitación de los placeres; le rige una fundamental sobriedad de estímulos que le inclina a cierta austeridad ética, bien manifiesta en el estilo general de la vida: habitual sencillez de costumbres, noble dignidad de porte notada aun en las clases más humildes, firmeza en las virtudes familiares» (18).

El senequismo descrito por M. Pidal armoniza con los escritos de D. Juan Manuel. Sus obras nos hablan de sobriedad, sencillez de costumbres, morigeración, etc... Sus consejos nos muestran un suave ascetismo más próximo a Séneca que al espíritu cristiano; éste a veces tarda en penetrar el pensamiento estoico del Señor de Peñafiel.

Juan Manuel unas veces cristianiza a Séneca y otras se resiste a cristianizarlo. Así por ejemplo el Infante no es rotundo en recomendar la observancia estricta del sexto mandamiento: llega a aconsejar a su hijo Ferrando que se guarde *en lo que pueda* del pecado de la carne (19); en el apéndice «cuanto podierdes» se advierte un intento de escapar a la rigidez de la ley positivo-divina. En esta misma línea de sentido estoico y utilitario se han de entender algunas recomendaciones que brinda a su hijo.

Juan Manuel es amante de la sobriedad en el comer, en el beber, etc. Son numerosos los consejos que prodiga en el Libro de los Castigos y en el Libro de los Estados. He aquí diversos ejercicios de templanza:

«Otrosí, debe guardar a sí mismo, que es en el su cuerpo, en el comer et en el beber, et en el dormir, et en el folgar, et en el trabajar, et en el andar, et en todos los fenchimientos et vaciamientos del cuerpo, et faciéndolos templa-

damente et con mesura en manera que el cuerpo lo pueda bien sufrir et se mantengan con razón» (20).

Debe observarse la templanza de forma especial en el recto uso del vino. Esto puede verse sobre todo en el capítulo II del Libro de los Castigos, dedicado a su hijo Ferrando:

«Et ruegovos, et consejovos, et mandovos que, si queredes el mi amor, que vos guardedes mucho del vino» (21).

En general todo este capítulo II del Libro de los Castigos es una llamada a la mesura y al equilibrio. Aquí se muestra D. Juan Manuel como el prototipo de la «dorada medianía». El hombre debe ser mesurado hasta en la afectividad y apego a los seres y a las cosas (22).

8.—Honda preocupación por la muerte.

Una constante senequista muy marcada en la obra del Señor de Peñafiel es su honda preocupación por la muerte, que se ve temperada por su firme creencia en la inmortalidad del alma y en la salvación cristiana. Por ello el problema de la muerte es presentado con cierta serenidad no exenta de aparatosidad y misterio. Así en el Libro de los Estados el capítulo 7 y siguientes nos muestran al infante Johas apartado intencionadamente por su padre Morabán y su ayo Turín del conocimiento de la muerte.

Caminando por su reino, el infante y su ayo se encuentran con un cadáver que llevan a enterrar; contra el expreso encargo del rey de que su hijo nunca llegue a saber lo que es la muerte, el infante, llevado de su curiosidad, inquiere, pregunta y averigua que el hombre vive, *muere* y está dotado de alma y cuerpo.

La razón que aduce Turín para el ocultamiento de la muerte es el pesar que puede prender en el vivo al tener presente el fin de su existencia. El rey procura por amor apartar el pesar a su hijo. Pero es inevitable; la muerte es insoslayable (23).

Pero esta obsesiva preocupación por la muerte, no obstante estar medularmente incrustada en la obra manuelina, no le conduce a un callejón sin salida y mucho menos a una salida desesperanzada. La muerte trae consigo la salvación y el paraíso (24).

9.—Agudo sentido de pervivencia.

En las páginas de D. Juan Manuel advertimos un agudo sentido de pervivencia, un afán obsesivo de sobrevivir. Como muestra de ese deseo de legar algo suyo a la posteridad, entresacamos este párrafo del Libro de Patronio:

«Fablaba otra vez el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta guisa, et dijole: Patronio, porque yo sé que la muerte non se puede excusar, querría facer en guisa, que después de mi muerte dejase alguna cosa señalada que fincase a mi alma, et que fincase para siempre, porque todos supiesen que yo ficiera aquella obra, et ruegovos que me consejedes en qué manera lo podré facer mejor» (25).

Juan Manuel extrema su celo en la conservación de sus escritos, intentando sustraerlos de corruptelas, porque es consciente de que su fama irá de la mano de sus obras. El convento de Peñafiel, escogido como depósito de sus escritos, fue destinado a ser la salvaguardia de su intacta continuidad en la historia.

Este anhelo de supervivencia es algo connatural a todo español. Menéndez Pidal enjuicia así el concepto español sobre las tres vidas:

«En el umbral de la época de mayor plenitud histórica española, Jorge Manrique (1440-1478) enuncia la distinción de las tres vidas como serena consideración ante la muerte: la vida temporal, percedera; la vida de la fama, más larga y gloriosa que la corporal, y la vida eterna, coronación de las otras dos. Pues esas dos vidas, posteriores a la muerte, las siente todo español...» (26).

Para la sociedad cristiana, en la que se mueve Don Juan Manuel, la vida eterna es algo medular y básico, pero también les apasiona la fama, la continuidad del nombre. La fama que interesa a Juan Manuel es una fama forjada en el buen obrar. De él es esta frase tan conocida: «Murió el hombre, mas no su nombre». A Juan Manuel le apasiona transmitir un nombre sin mácula, es decir, que... «después que nos murimos, que nunca muera la fama de nuestros buenos fechos» (27).

(1) Conferent AMERICO CASTRO. La realidad histórica de España, pág. 642.

(2) G. DIAZ PLAJA. Historia General de las Literaturas Hispánicas, I (Barcelona, 1949) 33.

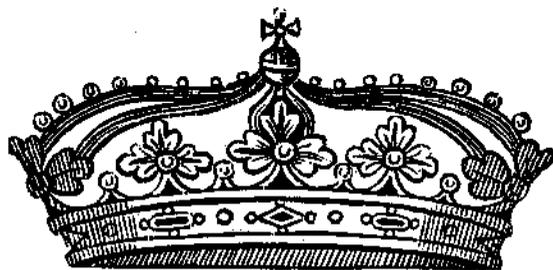
(3) J. C. GARCIA-BORRÓN MORAL. Séneca y los estoicos. Una contribución al estudio del senequismo (Barcelona, 1956) 275.

(4) Conferent DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en Biblioteca de Autores Españoles. Escritores en prosa anteriores al siglo XV (Madrid, 1860) 368 y 369.

(5) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 408.

(6) DON JUAN MANUEL. Libro del Caballero et del Escudero en B.A.E., 234.

- (7) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 436.
- (8) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 436 y 437.
- (9) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 437.
- (10) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 437.
- (11) Confert DON JUAN MANUEL. Libro del Caballero et del Escudero en B.A.E., 247.
- (12) Confert DON JUAN MANUEL. Libro de los Castigos en B.A.E., 271.
- (13) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 377.
- (14) DON JUAN MANUEL. Libro de los Estados en B.A.E., 286.
- (15) R. MENENDEZ PIDAL. Los españoles en la historia y en la literatura (Buenos Aires, 1951) 23.
- (16) DON JUAN MANUEL. Libro de los Estados en B.A.E., 331.
- (17) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 393.
- (18) R. MENENDEZ PIDAL. Los españoles en la historia y en la literatura, 13.
- (19) Confert DON JUAN MANUEL. Libro de los Castigos en B.A.E., 266.
- (20) DON JUAN MANUEL. Libro de los Estados en B.A.E., 313.
- (21) DON JUAN MANUEL. Libro de los Castigos en B.A.E., 267.
- (22) Confert DON JUAN MANUEL. Libro de los Estados en B.A.E., 283 y Libro del Caballero et del Escudero, 239.
- (23) Confert DON JUAN MANUEL. Libro de los Estados en B.A.E., 283, 284 y 285.
- (24) Confert DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 372 y 373.
- (25) DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 409.
- (26) R. MENENDEZ PIDAL. O. C. 32.
- (27) Confert DON JUAN MANUEL. Libro de Patronio en B.A.E., 384.



Rituales del Fuego Solsticial en Ahigal (Cáceres)

José María Domínguez Moreno

Entre las distintas fiestas de fuego destaca la relacionada con el solsticio de verano y que tiene lugar la noche víspera de San Juan. Es en Ahigal donde este tipo de festival ígneo adquiere una significación y dimensión especiales y donde el rito conserva su pureza más primitiva.

Los preparativos de la noche «sanjuaniega» (sanjuanera) van ligados íntimamente a la festividad del Corpus. La víspera de ese día, a la caída del sol, los campesinos traen al pueblo matas de romero y de tomillo que serán esparcidas por las calles que recorrerá la procesión eucarística. Recogidas tras el acto religioso, permanecerán guardadas en casa a la espera de la mágica noche de San Juan. Al oscurecer del día 23, tras colocar pequeños haces de romero y de tomillo a las puertas de las casas habitadas, la madre de familia, en presencia de todos sus miembros, enciende la hoguera, procurando que no se avive la llama, por lo que previamente la ha rociado con un poco de agua. El combustible se consume lentamente y el incesante humo aromático inunda las calles y las casas, que permanecen con las puertas de par en par. Este es el momento en que el padre pasa una, dos, tres veces, con gran lentitud, sobre el lánguido fuego, al tiempo que recita la vieja cantinela:

*Por aquí pasó San Juan,
yo no lo vi;
sarna en ti,
salud en mí.*

Es después la madre y más tarde los hijos los que saltan igualmente el «zajumeriu» (sahumerio) repitiendo los mismos versos. En el intervalo se han formado grupos de veinte, treinta o más muchachos que, en medio de un enorme griterío, recorren las calles de sus respectivos barrios, deteniéndose en todas las hogueras que encuentran a su paso y saltándolas repetidamente, al tiempo que entonan pareados alusivos a los dueños de los respectivos «zajumerius», reflejando en ellos el deseo de verlos libres de las enfermedades contagiosas:

*Sarna en un cesto,
salud pa tío Modesto.
Sarna en un candil,
salud pa Justo Barril.*

Posteriormente los niños se dirigen a la plaza del pueblo, donde tendrá lugar la segunda parte de la fiesta del fuego, con la quema del «capazu».

A media tarde, el mayordomo de San Juan ha clavado en el suelo la «estaca» (palo de olivo) de unos dos metros de altura y acabada en horco. Consumidos los «zajumerius», todas las familias acuden a la plaza. Poco antes de la media noche los quintos cuelgan de la mencionada horca gran número de «capacetas» (capachetas) que previamente han impregnado de aceite y acarreado desde los viejos lagares. Acto seguido el mayordomo prende la hoguera, alcanzando la llama unos cuatro metros de altura. Los muchachos cantan y giran alrededor de la hoguera, mientras los mayores observan más alejados. Cuando decae el vigor de la llama, los primeros la avivan lanzando piedras contra el palo que sostiene a las «capacetas», llenando el cielo de chispas. Aquí el interés no estriba en el humo, sino en el fulgor de la llama.



ma, en la desprendida de «potricos» (chispas) y en provocar la mayor caída de pavesas sobre los espectadores más alejados. Poco a poco el fuego consume la «estaca» y las «capacetas» caen formando una pira de varios metros de diámetro y en la que las llamas apenas tienen altura. Ahora los muchachos y mozos comienzan a saltar la hoguera. No hay formulillas, ni recitales ni imposiciones específicas a la hora de cruzar por entre la llama, ni tampoco antes ni después. Paulatinamente la hoguera va perdiendo vitalidad y los saltos cesan cuando ésta queda solamente iluminada por el color rojizo de las ascuas. Antes de retirarse de la plaza, los muchachos recogen piedrecitas que arrojan a la hoguera hasta dejarla extinguida.

Hasta aquí he intentado una descripción del rito ígneo y ahora me referiré a su significado. En esta noche estival ahigalense existen dos tipos de fuegos —«zajumeriu» y «capazu»—, a los que la tradición local les atribuye orígenes distintos. Mientras que el «zajumeriu» conmemora una supuesta hoguera que encendió San Juan Bautista para orientar a la Sagrada Familia que huía de Herodes, el «capazu» recuerda los fuegos que hicieron los habitantes de este pueblo en «tiempo de los moros» para comunicarse con otros grupos alejados. Cualquier análisis medianamente lógico daría al traste con las dos teorías —pseudorreligiosa y pseudohistórica— y hundiría sus raíces no en unos hechos concretos materiales, sino en un proceso material arcaico en el que fuera posible, aunque hoy muy difícil, hallar una explicación coherente a todas y cada una de las partes del ritual del fuego de San Juan.

De igual modo discrepo de aquellos eruditos que ven en estos tipos de fuegos una derivación de los rituales del mundo clásico, concretamente los relacionados con la diosa romana Pales. Es indudable que las «Palilia» o «Parilia» presentan puntos comunes al «zajumeriu» de Ahigal, como son la quema de hierbas especiales, saltar tres veces la hoguera como remedio profiláctico, hacer en voz alta la petición para que ésta surta efecto, etc. Pero, al mismo tiempo, encontramos aspectos diferenciadores en ambas, entre los que destaca la fecha de celebración, el 21 de abril en la «Palilia», que hace que la consideremos como una fiesta de primavera. A mi juicio tampoco es aceptable, como han propuesto H. Hermann y otros, que esta falta de correspondencia entre los fuegos rituales de San Juan y los clásicos sea una consecuencia de su introducción tardía en Europa debida a los pueblos bárbaros.

Menéndez Pelayo, Taracena, Moreno More-

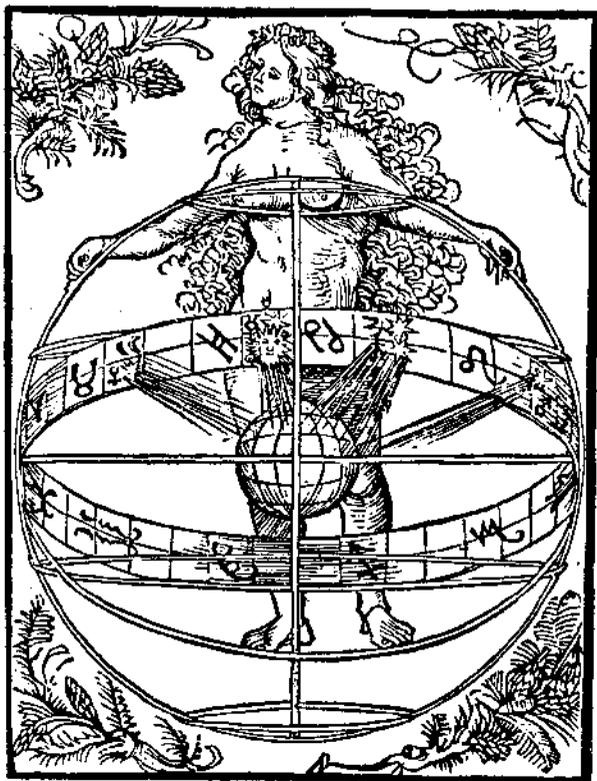
no, Iñiguez Ortiz, Maluquer de Motes, etc., al estudiar fiestas solsticiales semejantes a la de Ahigal, afirman que nos encontramos ante la *supervivencia* de un rito celtibérico. Semejante planteamiento hace Caro Baroja cuando señala a los invasores celtas como introductores de estos rituales. Curiosamente tendríamos ante nosotros un proceso de *culturación*, al que seguiría otro de difusión, por el que las formas culturales de los pueblos indoeuropeos recién llegados serían asimiladas por los indígenas. Esto podría aceptarse siempre que no se tuviera presente la universalidad de los fuegos rituales, que van más allá del área conocida como indoeuropea. Por mi parte me inclino porque los fuegos solsticiales eran algo común en la Península en una etapa preindoeuropea y, en este sentido, me inclino por la *teoría bastariana* por cuanto reafirma una unidad psíquica de la humanidad que lleva a los hombres, como consecuencia de sus necesidades innatas, a pensar, con independencia entre sí, en mitos y ritos semejantes. A su llegada a la Península los celtas encontraron una serie de festivales ígneos de celebración periódica, sin que esto fuera óbice para que los invasores ejercieran una potenciación, modificación y hasta enriquecimiento de los rituales del fuego. Sin embargo, resulta muy difícil, si no imposible, discernir cuál es la parte autóctona del ritual y cuál corresponde a los *añadidos* indoeuropeos, máxime cuando el conjunto salido de ambos ha sufrido transformaciones como consecuencia de posteriores presiones culturales y religiosas. Por consiguiente, los fuegos rituales de Ahigal, como el dedicado a la diosa Pales, tienen su origen en un sustrato primitivo y van modificándose en el tiempo por propia evolución y por una serie de influencias exógenas.

La falta de estudios sobre los fuegos de Ahigal hace que hayamos de movernos, para llegar a su análisis, mediante un método comparativo, puesto que hay que tener presente las características comunes de los fuegos ahigalenses y los peninsulares y extranjeros, así como las relaciones entre ellos. No todos los estudiosos de los rituales de fuego (Frazer, Mannhar, Westermarck, Barandiarán, Lisón Tolosana, etc.) aceptan la misma interpretación de los festivales ígneos, sino que más bien se inclinan a defender indistintamente una teoría solar o una teoría purificadora.

Si nos fijamos en el «zajumeriu» ahigalense tenemos que hacer una serie de connotaciones. Hay que señalar primeramente que nos encontramos ante múltiples hogueras de carácter particular, en contraposición con el «capazu»,

fuego del municipio, que presenta características diferentes. En aquél tenemos un ritual igneo purificador en el que todos los elementos juegan un papel importante. El combustible ha de sufrir unas transformaciones *sine qua non* para poder introducirse en el festival igneo: recogerse la víspera del Corpus y ser testigo de la procesión eucarística. La hostia, símil solar, por medio de una magia contaminante transmite al romero y el tomillo, que se encuentra en su área de influencia, un conjunto de virtudes inherente a ella, entre las que no falta la fuerza purificadora. El humo, que es indispensable en el «zajumeriu», penetra en la casa a cuya puerta se encendió para defender la morada de los males contagiosos, de la tormenta, de los incendios, de los poderes del mal de ojo y de otras artes brujeriles. Pero estos beneficios del «zajumerio» sólo se adquieren de forma individual, ya sea saltando uno mismo tres veces por él al tiempo de recitar la cantinela señalada o porque otra persona al pasar a través del humo salmodia la segunda formulilla indicando el nombre o apodo de quien desea ver libre de esos males.

Las cenizas, por su parte, poseen una fuerza fumigadora para hombres y animales. Lavarse con ellas es remedio eficaz contra las enferme-



dades de la piel, pero únicamente surgirá efecto cuando se emplea en la mañana de San Juan y en el lavatorio interviene también el agua de una laguna que hay a las afueras del pueblo. Era costumbre que los cerdos al amanecer fueran paseados por las calles en las que se habían encendido «zajumerius», ya que las cenizas constituyen un medio profiláctico para los animales, pues los resguardaba tanto de las más variadas enfermedades como del ataque de las alimañas, especialmente del lobo.

Además de los elementos señalados del ritual conviene indicar que hay otros que se presentan de forma abstracta y solamente en el espectro psicológico del agente de la celebración ignea. Así tenemos el *bien o la salud*, cuya adquisición o defensa lleva implícito el salto del «zajumeriu»; el *mal o la enfermedad*, expresada principalmente en las enfermedades contagiosas; y *San Juan*, ser celeste, invisible y catalizador de la ritualización ignea.

Si tras observar la ceremonia del «zajumeriu» descendemos al plano especulativo se podría dar una explicación del ritual que nos acercase en lo posible al proceso mental primitivo. El mecanismo racional que el hombre empleó primeramente debió ser éste: de un hecho lógico se deriva un deseo lógico y, por lo mismo, de un hecho que vulnera las leyes naturales ha de desprenderse un deseo capaz de violar esas mismas leyes. De igual forma que San Juan, espíritu e indestructible, pasa por el fuego, agente destructor, sin que éste le afecte, así deseo que la salud, que es atributo de personas y animales, permanezca en ellos sin que nada la haga desaparecer. Y así como el hombre, cuya naturaleza exige la destrucción, cruza el «zajumeriu» sin que la llama le quemé, así deseo que el mal (sarna) deje a los animales y hombres y vaya sobre las cosas inanimadas (cesto, candil...).

Dejando otros aspectos de gran simbolismo del festival quiero fijarme en un hecho que escapa al propio sentido del «zajumeriu», si bien se encuadra perfectamente en los ritos periódicos, concretamente en los de expulsión. Legiones de espíritus poblaron la mente del hombre primitivo, viendo en los mismos la causa de muchos males, al tiempo que pensaba que iluminándolos o alejándolos de sí eliminaba el efecto que estos espíritus pudieran producir. Los rituales de expulsión son universales y la supervivencia que de tales ritos se conserva en Ahigal guarda gran paralelismo con una serie de supervivencias rituales de Europa Central (Noche de Walpurgis...). Las carreras de los niños por las calles del pueblo, así como

los ruidos y gritos que no cesan durante mucho tiempo, conmemoran la vieja costumbre de expulsión de las fuerzas del mal.

Las cualidades curativas y purificadoras que el pueblo atribuye al «zajumeriu» son virtudes que escapan al contexto del «capazu», al que defino como un fuego estival dirigido a vitalizar al sol para que sea posible la llegada de sus rayos a la tierra. Parece indudable, como apuntase Mannhard, que los remotos antepasados de los ahigalenses, guiados por la ley de magia simpatética, practicaban este tipo de hechizo solar con la convicción de que encender hogueras que imitasen al astro aseguraría y potenciaría su luz y calor. Frazer acepta esta opinión y de igual modo se expresa Barandiarán cuando afirma, refiriéndose a Euskadi, que estas celebraciones igneas carecían de sentido si no se hicieran con el fin de poner en funcionamiento el *adur* que reproduce el curso anual del sol.

El «capazu», lógicamente, ha de coincidir con el solsticio estival, momento crítico en la marcha del sol y los campesinos pretendieron con esta ceremonia frenar el aparente decaimiento del sol, así como darle fuerzas para todo el año. Este momento debió ser considerado por el hombre primitivo como el comienzo del año nuevo y así cabe explicarse por qué el fuego benefactor anual se hacía necesario encenderlo en este primer día para que de esta forma su influencia durara los doce meses siguientes. Este antiguo principio del año puede también observarse merced a un sinnúmero de prácticas que han llegado hasta hoy y que tienen su origen en un período remoto, tales como las diferentes fórmulas adivinatorias que se emplean en Ahigal durante la noche del solsticio estival para averiguar el futuro del año que comienza.

El modo de celebración del «capazu» refleja una imitación consciente del sol, como ocurre con otras hogueras europeas de este tipo, aunque el fuego ahigalense ha variado aspectos que hacían más visible la imitación. En Alemania, Suiza y Austria se fabricaban ruedas de paja que se lanzaban ardiendo por las colinas. La forma circular de las ruedas, y su fuego semejaban la reverberación solar y lo que hacían los participantes en la celebración no era otra cosa que un acto de atracción simpatética. No es casual que en Ahigal también se empleen ruedas de esparto («capacetas»), aunque más pequeñas y distintas que las europeas. No obstante, hasta principio de siglo también se quemaban enormes capachetas que con este único fin fabricaban sus habitantes y éstas siempre

fueron puestas en la «estaca», de forma horizontal, para su encendido. La quema de la «capaceta» constituye un ejemplo muy claro de magia simpatética. La «estaca» representa el eje o apoyo que, en la mente del hombre primitivo, debió sostener el sol.

También el «capazu» ejerce influencia sobre la vegetación y los animales. De la forma de las llamas se vaticinaban las buenas y malas cosechas. Nuevamente nos encontramos con el principio de magia imitativa: cuanto más altura alcance el fuego mayor será el crecimiento de las plantas. Igualmente, las chispas desprendidas de la hoguera eran indicio de mayor o menor producción animal y vegetal. Hay quien piensa que sólo ejercen influencia sobre la cosecha de cereales, por su semejanza con el grano, pero el nombre con que en Ahigal se designan a las chispas, «potricos» (= cría de yegua), induce a aceptar una influencia en la multiplicación de los animales domésticos. La caída de pavesas sobre los espectadores, así como los posteriores saltos de éstos sobre las llamas, sirven para potenciar la fuerza genética y fecundadora.

Existen indicios de que las cenizas del «capazu» se esparcían por los campos con el fin de que las semillas renacieran con más fuerza, lo que nos pone ante un antiguo y perdido mito ahigalense relacionado con algún espíritu de la vegetación en el que se vieran una muerte y resurrección periódicas semejantes a las del dios Osiris de la teología menfita. Buscando paralelismos observamos que en Normandía, la noche del 23 de junio, se reunía la llamada «Hermandad del Lobo Verde», presidida por un jefe que era elegido cada año. Todos sus miembros se agarraban de la mano unos a otros, quedando solamente libres una mano del primero y otra mano del último de la cadena, y de esta guisa corrían tras el que era señalado como hermano mayor para la anualidad siguiente. Una vez apresado en la cadena este futuro jefe, que ahora representaba el espíritu arbóreo, sus compañeros simulaban arrojarle a la hoguera que habían encendido momentos antes y en la que imaginativamente se convertiría en cenizas para, más tarde, resucitar en la forma del nuevo presidente de la hermandad, nuevo espíritu de la vegetación. No hay que olvidar que el espíritu vegetal es necesario que muera para que, una vez enterrado en forma de cenizas, se reencarne en la planta para otra vez morir cada año. La antigua práctica normanda nos abre nuevas perspectivas para una mejor comprensión del «capazu». El

hecho de que en Ahigal sea el mayordomo de la festividad de San Juan, con periodicidad anual, un elemento indispensable en la realización del «capazu» y, al mismo tiempo, la pervivencia de juegos estivales (marro de las cadenas) con el mecanismo persecutorio empleado en la caza del Lobo Verde, pueden ser vestigios de la extinguida celebración de un rito parecido y que sería muy conveniente tener en cuenta a la hora de profundizar en la religión primitiva del área indocropea.

El arrojar piedras sobre la hoguera que se apaga responde a un significado primitivo, posiblemente Paleolítico, y como consecuencia de concepciones animistas. Como en el período Azilense, donde los guijarros pintados eran cobijo de las almas de los antepasados, las piedras que se arrojan al «capazu» son piedras que contienen el alma de los muertos a quienes sus descendientes reúnen en este comienzo del año primitivo en un hogar común para todos.



HERRAMIENTAS DE FORJA DE LOS RESINEROS

Fragua de Mariano Frías Velasco, de Cabezuela

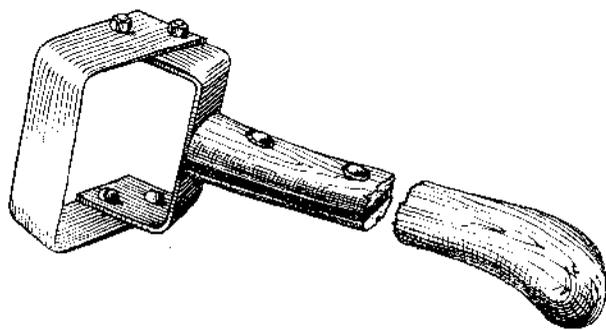
Ignacio Sanz

Si cada oficio artesano se ejerce apoyado en unas herramientas que caracterizan y diferencian la naturaleza propia de cada trabajo, en algunos de estos oficios, como el de resinero, las herramientas constituyen, además, una especie de totem; engañosamente acaso podría hacernos pensar que ha sido creado el oficio para dar vida a las herramientas, es decir, que las herramientas son anteriores en el tiempo. Lo cual es rematadamente falso, desde luego, pero tal es la fuerza y la complicada personalidad que palpita tras ellas que así se nos antoja pensarlo.

Nos vamos a referir aquí exclusivamente a las herramientas que pasan previamente por la forja, prescindiendo de aquellas como el pato, banqueto, esparabel, etc. que fabrica el propio resinero y cuyo encantamiento, no menos seductor, abordaremos en otro trabajo.

EL HERRERILLO DE CABEZUELA

Para ello nos trasladamos a la fragua de Mariano Frías Velasco, conocido popularmente por «El Herrerillo», ubicada en Cabezuela (Segovia), quien ejerce el oficio por tradición familiar, aunque en la especialización que ahora le ha acreditado entre los resineros, que nos hablaron de él como de un excelente templador; comenzó hace unos cuarenta años, cuando a los catorce se inició en el trabajo, a la sombra de su padre.



Dibujos tomados del libro de D. Fernando Nájera: Sistema de resinación... Inst. Forestal. Madrid, 1961.

A pesar de haberse roto el brazo recientemente y manifestarnos que aún le reteñía cuando golpeaba fuerte con el macho, tuvo la amabilidad de hacer una escoda en nuestra presencia, a modo de demostración. Digamos por nuestra parte que para aliviarle en algo el trabajo, nos encargamos de tirar del fuelle.

PROCESO DE TRABAJO

Con unos listones de hierro previamente dispuestos, hace primero la parte donde habrá de ir encajado el mango, que resulta la zona menos refinada, para ir poniendo cada vez más atención y cuidado en forjar la parte cercana al corte, a cuyo fin es menester introducir en la tobera repetidas veces la pieza, auxiliándose para su mejor manejo de unas tenazas sujetas con presadera.

A través de unas estrellitas blancas que dimanan de la pieza, distintas de las chispas comunes, aunque mezcladas con ellas, el forjador puede colegir que el hierro ha adquirido el grado de fusión suficiente como para hacerse dúctil a los golpes del macho contra el yunque.

Cuando la herramienta tiene configurada su forma, aún con cierta tosquedad todavía, se le añade, en la zona de corte, una lámina de acero de unos ocho centímetros de largo por cuatro de ancho, que después de ser sometido al fuego se funde con el hierro y que constituirá la zona de corte propiamente dicha. Esta zona, que finalmente adquiere forma ovalada en su remate, es sometida repetidamente a la intensidad del fuego para después ir la laminando hasta dejar un corte finísimo. Este trozo de acero que remata la parte de corte es incorporado a todas las herramientas.

Después de darse por concluido el proceso de forja, se pasan las herramientas por la lima para raspar posibles abolladuras y agudizar el refinamiento.

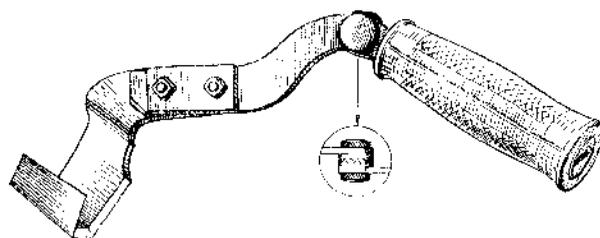
El último proceso a que es sometida la herramienta antes de ser entregada al resinero es el del afilado, para lo cual dispone Mariano de una piedra que funciona eléctricamente,

que tiene los bordes redondeados para adaptarse a la forma curva del corte de la escoda.

Las herramientas que salen de esta fragua destinadas a los resineros son:

- Hacha de dos bocas.
- Media luna de ácido.
- Escoda de ácido.
- Media luna normal.
- Cuchillos de coger miera.
- Barrasco para desroñar pinos.
- Escoda normal para abrir caras.
- Raedera para raer el final del pino.
- Hacha pica, empleada también para desroñar.

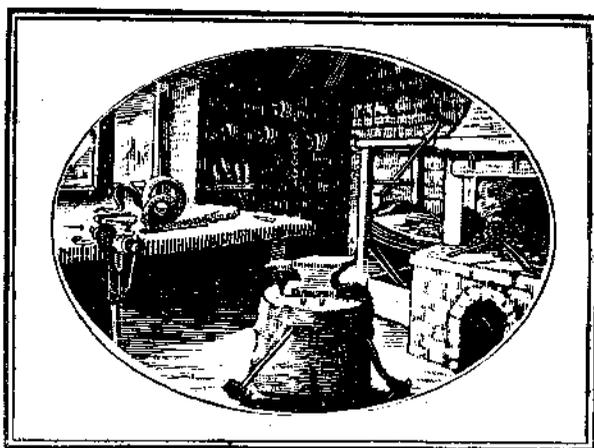
Desde Mojados, Sanchonuño, Pinarejos, Zarzuela del Pinar, Aguila fuente, Lastras de Cuéllar, Navalilla, Fuenterrebollo, Veganzones, Sauquillo de Cabezas y algunos pueblos más de la zona de pinares se acercan los resineros para solicitar los servicios de Mariano, con quien posiblemente termine la tradición de la fragua en Cabezuela, ya que si bien es verdad que un hijo suyo trabaja con él (aunque ahora está



cumpliendo el servicio militar), nos dijo su padre con cierto desaliento que no le tira la fragua, que prefiere la autógena y las máquinas más modernas.

De lo que sí estamos seguros es de que las grandes industrias de producción masiva no podrán sustituir nunca a estos hombres dada la peculiaridad y especialización de su trabajo, por lo que su mantenimiento se hace imprescindible para el desarrollo de las labores de este sacrificado y hermoso oficio pinariego.

Talleres semejantes al de Cabezuela donde se realizan herramientas de resineros, existen también en Navas de Oro, Chatún, Samboal y uno que se puede considerar extinguido por la edad del forjador en Zarzuela del Pinar.



I

NACIMIENTO, AMBIENTACION HISTORICA Y MOTIVACIONES QUE LE IMPULSARON A LA GUERRILLA

El más famoso guerrillero de la Independencia Española contra los franceses, D. Juan Martín Díez, «El Empecinado», había nacido una mañana de septiembre en Castrillo de Duero, un pequeño pueblo vallisoletano que linda con las castellanas provincias de Segovia y Burgos.

Su nacimiento, en una época histórica de profundos cambios, es preludio de un alborar teñido de sangre y guerra.

Nacimiento:

*En el mil y setecientos
y setenta y cinco años
del nacimiento de Cristo,
según cómputo cristiano;
tiempo de Razón y Luces,
de Despotismo Ilustrado,
albor de Revoluciones
y de engendros libertarios;
el día 2 de septiembre,
aún época de verano,
en un pueblo allende el Duero
nace un niño castellano.*

Desde muy pequeño se dedica a las labores del campo, pues sus padres, Juan y Lucía, eran labradores.

El sobrenombre de «El Empecinado» le vendría después, cuando se traslada a vivir a Fuentecén (pueblo burgalés a dos leguas largas de Castrillo). La razón de este nombre o apodo tiene dos versiones: la más popular y en la que coinciden todas las personas de alguna manera emparentadas todavía con el héroe, asegura que Juan Martín de pequeño gustaba de jugar en el arroyo Botijas, a la sazón con abundante pecina, y por la habitual forma de llegar el pequeño Juan lleno de pecina a casa. La otra versión, más fidedigna para los señores dedicados a confeccionar biografías ilustres en las enciclopedias, afirma que este sobrenombre se daba a



todos los habitantes de Castrillo que se establecían en pueblos de la comarca. Aseguran los defensores de esta teoría que en Castrillo abundaban los zapateros y pegueros y de ahí el llamar «empecinados» a los habitantes de Castrillo que se avecindaban en otros pueblos comarcales. No en vano los pegueros y zapateros abundaban en Castrillo.

Lo que sí tenemos por cierto es que cuando acabó la Guerra de la Independencia y Fernando VII regresó a España, el apodo de «Empecinado» fue confirmado en real cédula y creemos que es el único beneficio que la Corona concedió a «El Empecinado» por su abnegada labor durante la guerra.

Infancia:

*Y esta su costumbre innata
de jugar en agua y charcos
en el arroyo Botijas,
restregándose en el barro,
hará que se le conozca
y se le apode temprano
con un nombre que será
orgullo de castellanos.
Desde su primera infancia
entre pecina enfangado
hará que Juan Martín lleve
de apodo «El Empecinado».*

Sea como fuere, desde entonces el término «empecinado» designa a la persona que se empeña en conseguir una cosa de manera pertinaz, terca, obstinada.

De talante adusto y bravo, a los 16 años se escapa de casa para guerrear con las tropas hispanas que por entonces sostenían serios litigios con las vecinas fuerzas francesas en la que después será llamada Guerra del Rosellón. Juan Martín es reclamado por sus padres y vuelve a casa, pero a los 18 años se alista voluntario en Caballería para luchar en la Guerra del Rosellón, que poco después tendrá fin, y será licenciado.

Adolescencia y juventud:

*Juan Martín se alista pronto,
a los diez y ocho años
voluntario al Regimiento
con los que van de a caballo.*

*Por su arrojo y su valor
desde el principio mostrados
le nombrará su ayudante
aquel general Ricardos.*

*El joven dragón se ahurre
de su oficio descansado
y pide hacer la guerrilla
por su cuenta y su cuidado.*

*Con camaradas del Duero
forma una partida rauda
y opera por Cataluña
con el favor de su lado.*

*Su misión consistirá
en molestar al contrario,
sorprender destacamentos,
los convoyes destrozarlos.*

*Pero la paz se hace pronto
y los jóvenes soldados
volverán a sus hogares
siendo todos licenciados.*



Después de estos acontecimientos Juan Martín se retira a su pueblo y se dedica a la labranza. Después casará con Catalina de la Fuente y se trasladará a vivir a Fuentecén. De labrador le sorprende la Guerra de la Independencia. De todos es sabido la fuerte oposición de Juan Martín a que los monarcas españoles abandonasen España para ir a Bayona a instancias de Napoleón... algo intuía «El Empecinado» de farsa en todos los planes galos para alejar a la Corona española del pueblo y de nuestro país. Sin embargo, cuando decide acometer a los franceses es cuando se publica la Constitución de Bayona con lo cual quedaba rey de España el intruso José, hermano de Napoleón y después de ser afrentada su madre en Castrillo por un sargento de dragones francés. Es entonces cuando Juan Martín se echa al campo con un paisano de Cuevas de Provanco —pueblo segoviano a poco más de una legua de Castrillo— y eleva un solemne juramento.

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Juramento de «El Empecinado»:

*«Juro —con recia voz clama—
contra franceses luchar,
perseguirlos, saquearlos,
y a cuantos pueda matar
hasta que salgan de España
mi empeño no ha de cejar
mientras haya un solo galo
en el suelo nacional».*

Juramento que le llevará a los más sublimes sacrificios

Con esta resolución sale al camino real (de Burgos a Madrid), cerca de Aranda de Duero, y se dedica a «cazar franceses»:

*«El hacha y la podadera
serán muy pronto cambiados
por el trábucó y el sable:
la guerra por el arado».*

Tras las primeras capturas de convoyes forma una pequeña partida con guerrilleros vallisoletanos, segovianos y burgaleses, muchos de los cuales eran amigos, familiares o paisanos:

*Y así, con más de veinte hombres,
con parientes y paisanos,
para saberse más fuertes
y juntar brazo con brazo
van al camino real,
cabalgan hacia Milagros (1),
buscando a Mariano Fuentes,
a Pescador y otros cuantos
con los que hacer la guerrilla.*

*¡Guerra al francés han jurado!
Ya son más de treinta y seis
los guerreros castellanos.*

Los primeros convoyes franceses son apresados con éxito y muy pronto se extiende una tupida red de campesinos y guerrilleros que impiden que los convoyes franceses se muevan con agilidad y confianza. Es por esta razón, por lo que, cuando los galos, tras las primeras sorpresas y pérdidas de convoyes quieren enviar de forma segura vituallas, mensajes, suministros, dineros o carros con armas; para asegurar su traslado envían un nutrido grupo de caballería especializada, la «gendarmerie de l'armée», para no dejarse sorprender por los guerrilleros que aparecen por toda la geografía española.

(1) Milagros: pueblo burgalés en el sur de esta provincia y en el camino real donde iniciaron numerosos asaltos los guerrilleros.



ANTOLINA, FLOR DE LINA

Manuel Garrido Palacios



La Garganta, a tantos del tanto...

Leña de roble o castaño.

—Aguanta más la de roble.

Gracias a la lumbre.

—Por Pascua se matan cabritos. Todas las familias se van a comer al campo. Y después al baile a la plaza.

—Las más viejas ya no vamos. Se canta:

Antolina, flor de lina,
dame un afilel de plata
para sacarme la espina
que el corazón me traspasa.

La carta del melitar
y el pañuelo de merina
y un viento que la llevó,
caramba con Antolina.

Antolina está cosiendo
a la sombra de un ciruelo
y a su madre le decía
ya tenemos compañero.

Bartolillo, barre, barre.
Madre, no quiero barrer,
tengo los calzones rotos
y la chicha se me ve.

—Antolina fue una muchacha de éste o de otro pueblo, que tuvo una historia y le sacaron el cantar. Ya usted sabe cómo es la gente.

—Las mujeres somos la piedra del tropiezo.

María Antonia, María Antonia,
tú no sabes lo que has hecho,
olvidar a un primo hermano
por querer a un forastero.

María Antonia, María Antonia,
no vayas al Castañar
porque te ha dicho Florencio
que el mulo te va a tirar.

Si los bancos del paseo
tuvieran conocimiento,
te dirían, María Antonia,
lo que los dos hemos hecho.

María Antonia, María Antonia,
no puedes ir a la huerta,
que la ha vendido José
por mil quinientas pesetas.

(EstrIBILLO)

Le metió el pirulín,
le metió el pirulán,
se la volvió a meter,
se la volvió a sacar.

María Antonia, María Antonia,
cómo pudiste hacer eso,
por haber perdió las cabras
ya no puedes hacer uego.

Pienso que fuera debe hacer frío. Atizo la
candela. Cojo con las tenazas una pifia vacía
y la pongo a arder.

Vitorilla, Vitorilla,
no te arrimes al caldero,
arrímate a don Emilio
que es el amo del dinero.

No llore usted, tía,
no llore usted, no,
que la Vitorilla
de moza parió.

(Al estrIBILLO)

De moza parió
de esta manera,
así nos lo cuentan
los del arrabal,
los del camarín.

Cochina, marrana,
dónde fue a parir.

—Se te ha escapao una.

—¿Cuál?

La carta del melitar
y el pañuelo de merina
que en la puerta la posá
venden pollos y gallinas.

—Que luego equivocas al muchacho.

Pasa un camión lejano. Chapoteo de agua.
Echan una tabla, crepita y sube la llama.

—Es mejor la de roble.

—Si es para animarla un poco, que parece
que le cuesta.

Toso.

—Todo esto se canta cuando se va a la
Fuente Nueva para hacer el Calderillo. Mire
usted, durante la mañana se compran chivos,
se trocean y luego se cocinan allí, que está co-
mo a un kilómetro del pueblo. Todo forastero
que pasa se tiene que parar a probar el vino y
una tajada de carne. Y es allí donde se cantan.
Está el tamborilero, en fin...

—Pero las viejas ya no vamos.

—Ahora que me acuerdo, tú te comiste an-
tes una letra. ¿Qué va a decir este hombre? Es
en la de María Antonia. Tienes que acabar:

Tanto que sabes coser,
tanto que sabes bordar,
me has hecho unos pantalones
con la bragueta pa trás.

—A ti se te olvidó otra antes. Así que...

—Llover, lo que se dice llover, hace unos
años, cuando la Virgen del Castañar.

—Cuéntaselo, que él lo apunta.

—El Santuario está en Béjar y hay que ir
por muy malos caminos. Se va en caballo prin-
cipalmente. Está muy lejos —dirigiéndose a la
otra señora—, ¿serán diez kilómetros?

—Diez o doce.

—Bueno, doce. Y los que tienen promesa
van a pie. Y ese año que le digo llovió... en fin,
se oye misa, se pasa el día en el campo y al
regreso se hace una parada en El Collado para
merendar. Yo he ido descalza en mi juventud.

—¿Descalza?

—Quiero decir a pie. Y el Ayuntamiento re-
gala el vino de la merienda a todas las cuadri-
llas. Se canta:

Vengo de la romería
de la Virgen del Collado
de lucir mi saya nueva
y el pañuelo colorado.

Y aquel tunante
me perseguía
peñas abajo, peñas arriba.

Para ir a la romería
de la Virgen del Collado
se necesita
montar en un buen caballo,
nosotros no lo tenemos,
nos vamos a Benajarro.

Peñas arriba, peñas abajo.
En la Molinera
echaremos un trago.

—Cántale al muchacho los Pajaritos.

—Pero antes se lo voy a explicar. Esto se hace por San Antonio, que cae en febrero, y son tres días de fiesta. Aquí hay una Cofradía que se encarga de organizarlo todo. La gente le entrega productos del campo, que luego se subastan y así hay para más.

—La canción, cántale la canción.

—Cántasela tú.

—No, yo no la sé.

Divino Antonio, precioso,
suplícale al Dios inmenso
que por su gracia Divina
alumbre mi entendimiento,
para que mi lengua
refiera el milagro
que en el huerto obraste
a la edad de ocho años.

Desde niño fue criado
en santo temor de Dios,
de su padre fue querido
y del mundo admiración
fue caritativo
y perseguidor
de toda injusticia
con mucho rigor.

Por la mañana un domingo
como siempre acostumbraba,
se marchó su padre a misa,
cosa que nunca olvidaba.

Y le dijo: Antonio,
ven acá, hijo amado,

escucha que tengo
que darte un recado.

Mientras tu padre va a misa,
buen cuidado has de tener,
mira que los pajaritos
no lo echen a perder.

Entran en el huerto,
pican el sembrado,
por eso te encargo
que tengas cuidado.

Le vino un golpe de tos fortísimo. La otra señora le acercó un vaso de agua y estuvo dándole achuchones en la espalda.

—Si es que tú ya no puedes con tanta copla.

Me sueno la nariz. Paso la hoja.

—Si yo estuviera buena, que tengo un resfriado... le contaba a usted el romance del militar que murió en la guerra y la novia se muere joven esperándolo.

—Antes, mire, cuando se casaban, las bodas podían durar una semana, y se ponía el tálamo en medio de la plaza y allí iban los novios y los amigos, y todo el que quería hacía una ofrenda. Daban centeno, trigo y los novios les convidaban con carapachuos, que eran castañas secas cocidas que preparaba el padrino. Y después se hacía el baile de la perra. El que quería bailar con ella, daba una perra, y así. Y se mataba un choto y eran los amigos del novio los que traían la leña, ponían la mesa y lo organizaban todo. Pero antes se hacía un pasacalle con los novios, los invitados, el tamborilero, los padrinos, y se bailaba aquí o allá.

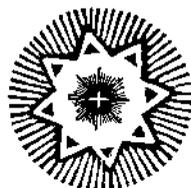
Se levanta a echar más leña.

—A ver la que echas, que no haga humo.

—De modo que, ¿qué te parece a usted todo esto?

Después se queda como meditando:

—Era muy bonito...



Parece admitido por todos la evidente dificultad —si no imposibilidad— de determinar el origen geográfico de la gran mayoría de las manifestaciones de la cultura tradicional que hoy recogemos en nuestro trabajo de campo. El proceso de ósmosis cultural que se establece entre las diferentes comunidades, las migraciones, la intervención individual directa, etc., esparcen y a menudo enriquecen el material primitivo.

En nuestras incursiones al campo en el año 1976, tuvimos noticias de la existencia de una representación que se celebraba en el interior de la iglesia parroquial de un pueblo cercano a Granada y situado en las estribaciones de la falda norte de Sierra Nevada, Dílar, donde la conocían con el nombre de Pastorada. No dejó de sorprendernos el hecho de encontrar un ejemplo de estas manifestaciones del primitivo teatro castellano a tanta distancia de donde se han recogido la práctica totalidad de ellos: el Reino de León.

La tan socorrida pregunta a los informantes: «¿Desde cuándo tiene memoria de esta representación?» fue de un valor precioso en este caso concreto: los más ancianos no recordaban representaciones más allá de su propia generación y, no obstante, Dílar, en tan poco tiempo ya consideraba algo suyo —y de uso exclusivo— la Pastorada.

La representación, hecha de manera esporádica, no se remontaba más allá del final del segundo decenio de nuestro siglo y tras varios intentos fallidos pudimos relacionarla, la celebración, con la llegada a Dílar de un nuevo párroco; se trataba del Rvdo. Enríquez, quien tras haber cursado sus estudios en el Seminario Mayor de Granada fue enviado a su primer destino, Cañar, un pueblo de la Alpujarra granadina, en la falda sur de Sierra Nevada (todavía hay quien se acuerda en este lugar de cómo hubo un cura hace muchos años que «se llevó escritas las coplas del pueblo»).

Efectivamente, en Cañar la representación de la Pastorada se recordaba desde generacio-

nes anteriores a la de los más ancianos de la actualidad, y se da la existencia de un personaje curioso que podíamos llamar el hombre-libro: normalmente, los diferentes personajes no aprendieron de manera indeleble sus textos y así los transmitieron, sino que al parecer han existido aquellos que, recordando el texto y la escenografía (elemental) al completo, de vez en cuando y con motivo de un suceso especial para él o la comunidad, ponía en pie a los actores haciendo el trabajo de lo que hoy consideramos director. La representación la Nochebuena de ese año de la Pastorada suponía un acontecimiento también en los pueblos de alrededor: Soportújar, Orjiva, Caratauna..., desde donde se desplazaban los vecinos, ya de noche, sirviéndose de manojos de hachos de esparto encendidos como linterna que iluminara el peligroso camino.

Una explicación, que aparece fácil, para explicar una localización geográfica tan distante del punto de origen de las Pastoradas, está en el hecho de la repoblación a base de gallegos y leoneses en estas tierras, antes pobladas por moriscos, tras sofocar la revuelta capitaneada por Abén Humeya y la expulsión de sus antiguos moradores.

Los primeros firmantes en los libros de bautismos conservados en el archivo parroquial de Cañar (año 1578) son Téllez de Lara, De Colmenares Sotomayor, Juan Gómez..., resultando también curioso el hecho de que los apellidos de nuestro informante actual, Rafael Funes, coincida con los del primer presbítero que aparece en dichos archivos, don Tomás Funes. Y hablando de curiosidades, con la perspectiva que nos dan los años de historia que nos separan, resulta realmente graciosa la insistencia de la autoridad eclesiástica en prohibir de manera reiterada ésta y otras muchas manifestaciones tradicionales emparentadas con las celebraciones litúrgicas —prueba del arraigo que tenían— y la manera en que algunas de éstas han llegado hasta nosotros.

Los primeros datos de que disponemos al respecto vienen ya de 1777, incluidos en el libro de visitas pastorales a la parroquia de Cañar: «...y también se prohíbe que en las procesiones haya mojigangas, moros y cristianos, sol-

* Del grupo "Andaraje".

dadesca, ni menos comidas, cenas, bailes ni otras diversiones ajenas de la seriedad... // ... ni se hagan representaciones irrisibles por personas a Jesús, a sus apóstoles Pontíficos, judíos ni demás, en el Templo o fuera del...» o bien esta otra, coetánea y de ámbito de aplicación mayor: «...se prohíben los disciplinantes, campalados, y otros espectáculos en las procesiones de Semana Santa, Cruz de Mayo, Rogativas, y otras; los bayles en las iglesias, sus atrios y cementerios...».

Y así, periódicamente, cada pocos años, hasta la Nochebuena del año 1948 en que, sin necesidad de prohibiciones, se representó la Pastorada en Cádiz por última vez.

PASTORADA DE DILAR

Personajes: *Angel; cuatro Pastores; Bato; Pascual; Sirvio; Josepe; cuatro Zagalas; Rebeca; cuatro Pastoras; Lirio; Rosa.*

Angel

Pastores, no temáis,
que vengo a anunciaros
la nueva más apacible
que el Cielo a la Tierra
pudo dar:

El Salvador anunciado
ha nacido en un portal;
si lo dudáis seguidme
que yo os guiaré.



Coro de Pastores

Caminando van pastores
de los montes al portal,
a rendir su fino afecto,
sus dones a presentar.

Estribillo (Coro)

Oh niño mío
tú eres Cordero (bis)
del sacrificio
del mundo entero.

Bato

Bato le ofrece un pellito

Pascual

Miel y manteca Pascual

Sirvio

Sirvio lleva pan y vino

Josepe

Josepe un recental.

Estribillo (Coro)

Oh niño mío...

(Toman asiento en el altar mayor)

Angel (de pie)

Yo soy el Angel, Dios mío,
que he anunciado a los pastores
vuestro tierno nacimiento,
vuestros bellos resplandores.

Estribillo (Coro)

Todos venimos guiados por él
a ver al niño que está en Belén

Bato

Bato está aquí, niño sabio,
que viéndote tiritar
de su rebato un pellito
humilde te viene a dar

Estribillo (Coro)

Ese pellito vil (?)
bien sentará,
al niño Dios
le abrigará.

Pascual

La miel y manteca es
de los montes el manjar
que de mi pobre cosecha
humilde os vengo a dar.

Estribillo (Coro)

Miel y manteca
es gran regalo

si a Dios le ofrece
corazón sano.

Sirvio

Sirvio viene afectuoso
cargado de vino y pan
para que tu padre y madre
lo consuman en cenar.

Estribillo (Coro)

El pan y el vino
llegan a tiempo,
que ambos hacen
gran sacramento.

Josepe

Josepe ofrece un cordero,
el mejor que hubo y habrá
blanco, sin mancha y de un año
y más tierno que el maná.

Estribillo (Coro)

Oh niño mío
tú eres cordero (bis)
del sacrificio
del mundo entero.

Rebeca

Niño aquí está la Rebeca,
la mujer del mayoral
que ofrece su (h)uso y rueca
que ese es todo su caudal.

Estribillo (Coro)

Oh niño mío,
si yo tuviera
de terciopelo
ay, te vistiera.

Rebeca

Josepe, qué hermoso niño

Josepe

Rebeca, qué hermoso es.

Rebeca

Lo quisiera para mí

Josepe

y yo para mí también.

Estribillo (Coro)

No puede ser (bis)
que es nuestro Dios,
que es nuestro bien.

Josepe

Al prado vente conmigo,
cuidaremos el ganado
y serás mi zagalillo
y mi pastorcillo amado.



Estribillo (Coro)

No puede ser (bis)
que es nuestro Dios,
que es nuestro bien.

Rebeca

Niño, vente a mi cabaña
que yo bien te cuidaré,
serás mi encanto y gloria
y mi modelo y mi bien.

Estribillo (Coro)

No puede ser (bis)
que es nuestro Dios,
que es nuestro bien.

Niños (Coro)

Al niño de Dios
le vamos a ver,
estos regalillos
vámosle a ofrecer.

Niño 1.º (mantilla)

No tirités, niño mío,
que mi ofrenda es muy sencilla,
para que abrigarte puedas
yo te traigo una mantilla.

Estribillo (Coro)

Al niño de Dios
le vamos a ver,
estos regalillos
vámosle a ofrecer.

Niño 2.º (pañal)

Yo de gozo enajenado,
al verte en pobreza tal
he pedido una limosna
para comprarte un pañal.

Estribillo (Coro)

Al niño de Dios...

Niño 3.º (zapaticos)

Por no oírme llorar mis padres,
aunque son tan pobrecitos
me han dado para comprarte
este par de zapaticos.

Estríbillo

Al niño de Dios...

Niño 4.º (gorra)

A mi hermana Salomé
del dinerillo que ahorra
anoche se lo quité
para comprarte esta gorra.

Estríbillo

Al niño de Dios...

Pastoras (Estríbillo)

Castañuelas (s)zonajas y pitos
que suenen los pitos (bis)
y las panderetas.

Lirio

Escuchen, escuchen

Azucena

Atiendan, atiendan

Clavel

Veréis cual compite

Rosa

Veréis cual alterna.

Lirio

El lirio es más hermoso

Azucena

Más bella es la azucena

Clavel

El clavel es quien vence

Rosa

La rosa es la que reina.

Pastoras (Estríbillo)

Castañuelas...

Azucena

En la fragancia y candor
os comparo a la azucena
que vuestra persona llena
de fragancia y sumo olor.

Pastoras (Estríbillo)

Castañuelas...

Clavel

Tiene el clavel tal finura
que al poco está marchitado,
así nuestro Dios amado
perderá al fin su hermosura.

Pastoras (Estríbillo)

Castañuelas...

Rosa

La rosa por su fragancia
reina del prado se ostenta,
desde Belén al Calvario
pasará su gozo y pena.

Pastoras (Estríbillo)

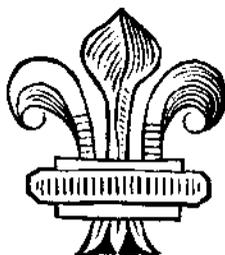
Castañuelas...

Todas las Flores (Coro)

Conociendo a las flores,
ninguna ser dominante
con las cuatro las Pastoras
coronamos al Infante.

Pastoras (Estríbillo)

Castañuelas...



Dos muertes en la calle de la Sierpe

José Delfin Val

La calle de la Sierpe, que antaño era más larga y sinuosa, hogaño debe ser una de las calles más cortas y deshabitadas de la ciudad. La calle de la Sierpe tuvo, en sus tiempos de esplendor, una posada que tenía en su fachada esculpido un monstruo alado, y que se llamaba —¡vaya imaginación!— la «Posada de la Sierpe». La calle, en su origen, se alargaba desde la calle Orates, hoy de Cánovas del Castillo, hasta la Plaza del Salvador, correspondiéndole también la actual calle de Castelar.

Esta calle, hoy canija y desangelada, tiene en su «haber histórico» dos muertes. Una de ellas ha llegado hasta nosotros en relato hablado y cantado, y la otra en una reseña del curioso diarista don Ventura Pérez, que iba apuntando en un librito todo lo que de sobresaliente ocurría en Valladolid entre los años 1720 y 1802, aunque el libro fue publicado en 1885, un poco tardíamente, cual es costumbre.

A principios de siglo se cantaba por calles y mercados de Valladolid una coplilla que decía:

*En la calle de la Sierpe
mataron a Pepinillo,
por hacer burla a los guardias
y enseñarles el culillo.*

El guardia que disparó contra el despantalonado Pepinillo pertenecía a un piquete anti-disturbios que había tratado, sin resultado, de aplacar los ánimos airados de un grupo de mujeres, que se manifestaban por las calles de Valladolid porque les habían subido el precio del pan en unos céntimos.

Aquellas mujeres, que debían ser de armas tomar, apedreaban a los guardias con tan desatada furia, que éstos tuvieron que refugiarse en la estrecha calle de la Sierpe. Fue entonces cuando el *randa* de Pepinillo tiró de pantalón y lanzó por la boca la imitación de una ventosidad dedicada a la autoridad. Un disparo dio con el pícaro en tierra y sólo su sangre logró dispersar la manifestación, olvidándola, para atenderle a él.

La copla que en cuatro versillos contaba, a la pata la llana, el suceso fue a los pocos días modificada por algún «alma cándida», pa-

ra que pudiera ser cantada por todos los públicos sin motivo de sonrojo o escándalo:

*Mataron a Pepinillo
en la calle de la Sierpe,
por hacer burla a los guardias
y enseñar lo que no debe.*

Evidentemente la trivial alteración dio al traste con la frescura de la cuarteta, y aunque la hizo asequible y autorizada para todos los públicos, la destrozó por completo. Yo prefiero la primera.

La otra muerte que tuvo como escenario la calle de la Sierpe, la reseña el diarista don Ventura Pérez de la siguiente manera: «Muerte. Año de 1750, día 8 del mes de diciembre, mataron a Julián de Argos, macstro cerrajero

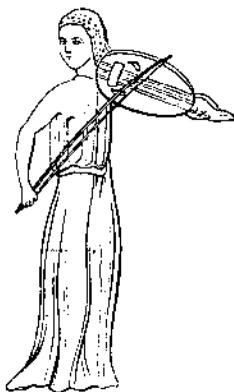


que vivía en la esquina de la calle de la Sierpe, donde está Nuestra Señora: un soldado oficial reformado, habiéndose puesto a hacer aguas junto a la esquina de la Virgen, la mujer del difunto lo empezó a reñir porque se ponía allí a hacer aguas, y el soldado desenvainando el espadín, se subió por la escalera que está por la puerta trasera a buscarla. A este tiempo llegó el difunto que venía de fuera de casa, y diciéndole los vecinos que iba un soldado a matar a su mujer, fue a agarrarle a la escalera diciéndole dónde va usted, hombre, y el soldado, sin hablar palabra, volvió el espadín, y siendo la escalera angosta y al anochecer, y el difunto no vio el espadín, y yendo a subir se lo metió por el pecho, y diciendo ay que me

ha muerto se fue agarrado al soldado, y la mujer sin poder hablar palabra, se cayó a distancia de treinta pasos la calle adelante hacia la Fuente Dorada. El soldado se retiró a la Trinidad calzada; le sacaron de allí y le llevaron a la cárcel, y habiendo litigado la inmunidad, le volvieron a poner en dicho sitio y allí estuvo mucho tiempo hasta que rompió la cabeza a un muchacho y se fue a Burgos donde se quedó muerto en una calle.»

¡Qué tío el soldado aquél!

Hoy la calle de la Sierpe, que conserva, quizá por tradición, un acre olor a letrina, sigue recibiendo, de chicos y grandes, aguas menores y mayores. ¡Qué cruz, Señor, qué cruz!



SALAMANCA EN SUS BAILES Y DANZAS

Angel Carril Ramos

En este amplio concepto que las ciencias sociales denominan FOLKLORE se encuentra la vida misma en todos y cada uno de sus aspectos. El quehacer cotidiano y el transcurrir del curso vital repetido en cada persona han ido tomando unos matices que hoy observamos, no como vigente actualidad, sino como auténtica historia de sus creadores: el pueblo.

Canto, danza, indumentaria... son una parte de la joven ciencia folklórica —definitivas por lo que de personalizante tienen— pero no únicas. Por ello, la comprensión del folklore de un país, región o provincia es compleja si atendemos a unos aspectos determinados en exclusiva olvidando el resto. Las manifestaciones nacidas del hombre van tan íntimamente ligadas que resulta difícil el entendimiento aislado de una de ellas sin remitirnos a las complementarias.

Porque el hombre ha utilizado los cauces necesarios para comunicarse, para desarrollar sus fuerzas vitales podemos decir que la danza y el baile son algo más que una necesidad anímica, suponen una prolongación de su propia realidad física, porque, como vehículo que éstos son de expresión, dan rienda suelta a exteriorizar las más profundas necesidades de libertad.

El baile y la danza de tipo tradicional no se mueven en sus orígenes por condicionamientos estéticos o de simple solaz. Van más allá. A través de ellos podemos delimitar no sólo la estética de una comunidad, sino el conjunto de rasgos étnicos de la misma, inevitablemente proyectados sobre éste, porque en su última esencia encierra todo un mundo de mágicas y preteritas creencias, fruto emanado de algo más que de una mentalidad. Es la tierra en conjunción con esa prolongación de sí misma que es el hombre.

Así, hay bailes fecundatorios, estacionales, de iniciación, guerreros, nupciales, religiosos, zoolátricos y animalísticos, agrarios... aunque hoy queden como el resultado exterior de una tradición, carente de simbolismos por la falta de comprensión y de ambientación a que la cultura de tipo tradicional se ve ineludiblemente abocada.

El baile salmantino es un baile social, de necesaria conjunción cuando menos de dos personas. Es un baile sobrio, elegante, ceremonioso. En él hay mezcla de la estaticidad orientalizante en la que no caben improvisaciones fortuitas —que supondrían casi una profanación— con lo evolutivo en cuanto a las formaciones geométricas de Occidente.

Es un baile más para ser vivido que para ser contemplado; si no se ejecuta, no se percibe todo su contenido o, lo que es lo mismo, no gusta de espectadores, sólo protagonistas. Y sólo a partir de su interpretación se hace comprensible esa seriedad que de común tiene en el rostro el bailaror de "soleta" (1) el buen bailaror.



Un cuerpo esbelto y erguido, casi rayando en lo altivo, y en el que el movimiento parezca sólo ilusión óptica, es el necesario para ser ese bailarín prototipo marcado por el gusto y la tradición de los hombres de Salamanca.

Únicamente los pies, con sus "borneos" (2) y "picaos" (3), tendrán licencia para moverse y cuanto más, mejor.

GEOGRAFIA DEL BAILE A TRAVES DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES

Hablar de una provincia no es suponer una unidad homogénea y compacta cuando de folclore se cuestiona. Todo lo contrario, es intuir variedad y diversidad, fenómenos que responden a muchos factores: geografía, historia, economía, paisaje, etc., por ello es necesario delimitar (léase este término con cierta amplitud y reserva) las distintas zonas o comarcas que, diferenciándose entre sí, presentan una cierta corporeidad interior. Así, deslindamos cuatro zonas definidas en este caso por los instrumentos musicales que necesariamente acompañan danzas y bailes en la provincia que tratamos:

— Sierras (de Francia y Béjar)

— Charrería (Armuña y Ribera)

— Rebollar (4)

Gaita y tamboril

— Tierras de Alba:

Peñaranda y Cantalapiedra

Dulzaina y redoblante

Aclarando este sencillo esquema, observamos que la *dulzaina* y el *redoblante*, ocupan el Este del mapa salmantino y que considerando el radio de extensión por su utilización, vendría a sobrepasar un cuarto del total de la geografía musical provincial, circunstancia más que suficiente para que se tengan en cuenta ambos instrumentos, que aportan, por su tesitura tanto melódica como rítmica un aire castellanizante al folclore musical de Salamanca.

Al son de estos instrumentos nuestros charros de las tierras de Cantalapiedra, Alba, Peñaranda e incluso Alto Tormes, bailan jotas, fandangos, charradas, formas rítmicas generalizadas en toda la provincia, pero que a su vez, cumpliéndose el dicho popular de "...a cada pueblacho, su estilacho", poseen peculiaridades tanto en su ejecución plástica como en la netamente musical, dependiendo por supuesto, de lugares y gustos. Concluyendo en su relación

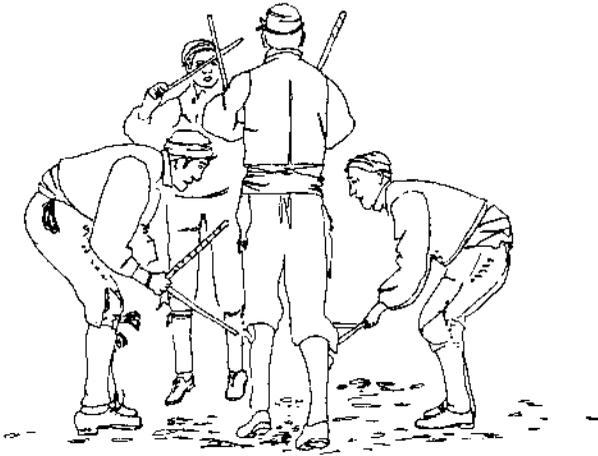
con el baile, a sonido más vivo, bailes más alegres y airosos en su interpretación.

La *gaita* y el *tamboril* (5), son utilizados en tres zonas con notorias diferencias entre sí, Sierras (Francia y Béjar), Rebollar y Charrería (con Armuña y Ribera), incluso con peculiaridades intracomarcales como de principio se deducirá de la Armuña y Ribera con respecto a su gran unidad, la Charrería.

Atendiendo a la variedad rítmica, más concretizada por comarcas, las Sierras nos ofrecen "Picaos" y "Perantones" y algún otro de carácter localista como el "Campeño" de Miranda o el "Baile de las Viejas" en La Alberca; "Charradas" (6) y "Charros" (7) La Charrería. El Rebollar nos deja como propio el llamado "son" robledano. Cercana a esta comarca, en la de los Agadones encontramos "La Zapateta" de Zamorra y pueblos limítrofes como destacable.

Y también el Rebollar —comarca de increíble riqueza folklórica— nos sorprende con los "agachaos", "saiteaos" y "brincaos" surgidos de un pandero (8), que a su vez arroja los cantares que las mozas peñapardinas desgranar con no menos peculiar acento y deje. Pero no es único este bailar al aire de percusión en el "Campo del Robledal" (9), pues también El Payo, a escasos kilómetros de los pueblos anteriormente aludidos de Robleda y Peñaparda, lo hace acompañado de sartén, llave, dedal (10), dejando en su haber las variedades de jota y "charrá" (apócope de charrada).

Y ya que hemos hablado de percusiones, señalamos que toda la provincia utilizaba diferentes útiles ya fuesen instrumentos musicales, ya caseros o laborales cuando las ganas de bailar venían con motivo de una matanza, domingo, fiesta o un simple serano, momentos en los que quizás no estaba a mano contar con un tamborilero. Personaje éste del tamborilero que consideraba sus musicales conocimientos no como algo meramente de ocio, sino como una profesión, hecho que por otro lado le permitía contar con unos ingresos más o menos extras que añadir al fruto de su quehacer ganadero o agrícola o cual fuere según los casos. El contar con él, suponía contar con un presupuesto económico básico por mínimos que fueran los estipendios que éste exigiera. Así sucedía que en determinadas poblaciones, los mozos a partir de sus interestamentaciones de mayordomías, quintadas y demás, ajustaban en la llamada "cena de mozos" (el primer día del año), los servicios del "menestril tamborilero" de "por año" dejando aclarado en contrato —incluso escrito— fechas en que éste se comprometía



a asistir al pueblo contratante en todas las fiestas y domingos quedando como cláusula la posibilidad de realizar un trabajo esporádico —podría ser una boda— que coincidiera en algún descanso dominical, caso que debería hallar su modo de compensación laboral-tamborilera.

Prosiguiendo en este ángulo, cuando los ánimos demandaban movimiento, bailes y llaves, panderetas, botellas, platos, cucharas, almireces o tapaderas de pucheros —por citar algunos ejemplos— servían para componer un bailoteo “al uso de la tierra”.

BAILES PERSONALIZADOS

Aunque sean jotas, fandangos, charros o charradas... en su análisis rítmico, se dan en la provincia de Salamanca una suerte variadísima de bailes que reciben un nombre concreto y que en la mayoría de los casos responden a una parte dentro del conjunto de momentos que componen cualquier rito o ceremonia.

Así debemos citar “El baile de la espiga” o “Respigo” usual en el conjunto de actos de la boda popular una vez terminada la comida (dato que varía según localidades) y que no era más que una disculpa para amenizar la recogida de regalos y dineros con que se obsequia a los nuevos desposados. En algunos lugares si quien “espigaba” era un hombre debería la novia bailar algunos compases con él, obligación que motivaba su particular chanza, pues si el obsequio era en metálico, éste debería ser arrancado de entre los dientes del bailaror por la nueva esposa, originando escenas no exentas de humor y cierto erotismo.

Con el mismo motivo y para darle a los novios “Los alfileres” o “El ratón” en tierras de

Ciudad Rodrigo y aledaños contaban con el “Baile de los alfileres” o “Baile de la manzana”, llamado así por utilizarse dicho fruto hincado en un tenedor en donde a su vez clavarían las monedas o pincharían con alfileres los billetes a espigar, todo ello por supuesto siguiendo el fandango o jota que gaita y tamboril marcase y “churreando”, es decir, cediendo la pareja en el baile en el momento oportuno, acto que es así nominado por las gentes del Abadengo.

En otras zonas el descrito baile era conocido como “Baile de las alhajas”, diferenciado, aunque sólo fuera nominalmente de “Baile del dinero”, en dependencia del tipo de ofrecido (también llamado así el obsequio) —material o monetario— y debiendo tener lugar ordenadamente a la hora de interpretarse conforme a la disposición señalada por sus diferencias cualitativas.

Estos momentos comentados o aquellos en que la gaita, el tamboril y el espíritu estuviesen en conjunción y la competitividad (hecho congénito del hombre) hiciese su aparición, eran ocasión idónea para ver “Bailar la botella”, concurso entre dos hombres a ritmo de fandango, jugando en el estribillo alternativamente a sortearla entre las piernas cuidando no caerla. Y como las mujeres también gustaban presumir de buen bailar, demostrábanlo con lo que se conocía como “Bailar el vaso”, haciendo gala de equilibrio, elegancia y esbeltez si se conseguía acabar el ritmo propuesto sin derramar ni una gota del vino que, contenido en un vaso, sostenían sobre su cabeza, evidenciando respetar las directrices coreográficas de escaso movimiento de cuerpo y rigidez del mismo muy acorde “al gusto del país”.

También dentro del capítulo de bailes, aunque es más una emulación de destreza que una exhibición del buen saber rítmico, tenemos que citar el de “La bandera”, uso peculiar de la Ribera salmantina y pueblos colindantes consistente en “rutear” u ondear una bandera en todas las direcciones siguiendo los compases que en dos tiempos distintos marca el tamborilero. La bandera o estandarte pasará por cuantas posiciones sea capaz de realizar el varón bailaror; por la espalda, bajo pierna, en giro circular de mano, etc., etc., debiendo mantener el brazo libre en posición de “jarras”, es decir, con la mano en la cintura.

Este uso de la bandera bailada a modo de soterrado certamen, con ocasión de las fiestas patronales o para hacer “El espejo” en las improvisadas plazas de toros de nuestros pueblos

facilitando así el desocupe del ruedo donde tendrá lugar una "joriza" (11), dista mucho de la ejecutada en Miranda del Castañar y estudiada por Antonio Cea (12).

Primera y básicamente por su hacedor, aquí una mujer, allí un hombre. Después porque ésta responde a un rito concreto (mayordomía de Santa Agueda) y aquélla es usual en variadas ocasiones dependiendo de lugares para proseguir con la diferencia de ubicación, ésta es la iglesia, aquélla en lugar abierto. Para terminar con la invitación al estudio del distinto concepto del símbolo y movimiento entre ambas formas de bandera, cosa que escapa de nuestros objetivos.

No sólo de bailes personalizados podemos escribir, sino de ritmos igualmente personalizados. Así en Cabeza de Béjar y en la festividad del "Tálamo de la Virgen" hallamos el "Baile del azafrán" y el "Baile de la media manzana", propios de ejecutarse al terminar "Los ofrecijos" y que no son más que ritmos de tipo general a los que los lugareños bautizan en tan señalado día.

En este mismo sentido, pero por tierras de Peñaranda, la charrada interpretada preferentemente con ocasión de sus patronos es conocida bajo el nombre de su venerada advocación. Así Macotera bailará durante más de cinco horas la "Charrada de San Roque" en su agostea procesión o la "Charrada del Cristo", en Alaraz, el Lunes de Aguas.

Concluiremos este repaso al baile salmantino haciendo mención al baile charro —sin duda más lígrimo y auténtico— denominado "La rosca" o "La pica", aunque también en tierras zamoranas conocemos su existencia.

"La rosca" es desde el punto de vista gastronómico un exquisito resultado de la mezcla de huevos, harina y azúcar, realizando su cocción en moldes para ello específicos y que motiva en las bodas "al uso de la tierra" un devaneo a modo de parada nupcial entre un hombre y una mujer en su charrada. Baile que describe Dámaso Ledesma (13):

"Tiene este baile una especie de preludio corto que baila sólo el hombre y es lo que llama La Escuadra.

La música de ésta es la que va transcrita de tres maneras distintas, por diferenciarse de otras dos partes que tiene este baile, que no son sino una charrada ordinaria y un fandango.

El hombre comienza bailando solo La Escuadra, con movimientos vivos y graciosos, acentuándolos con vueltas, etc., en las esquinas de la mesa. Cuando llega donde está la mujer, que se coloca a un lado de la mesa, ya dispuesta para bailar, comienza la segunda parte, que es el Charro; tanto en éste como en el Fandango, que sigue inmediatamente, los bailarines han de estar en lados opuestos de la mesa. Al llegar a las esquinas de ésta, acentúan los movimientos, dando algunas vueltas, etc. Cuando llega el Fandango, el hombre va como queriendo coger bailando a la mujer."

Hemos de completar la cita, indicando que el fandango final señalado por Ledesma es cambiado en algunos pueblos. Villavieja de Yeltes y Villasbuenas, entre otros, por un "agarrao", sin duda muy posterior a ese reseñado y gracioso final de fandango con su correspondiente "espuela".

Hacia esa única mesa en la que se coloca el "Bollo Maimón" (14) y una jarra de vino —ambos sobre un mantel que a su vez servirá para señalar el desarrollo del baile, al ir tapando el susodicho dulce con las esquinas del mismo en cada parte— se vierte la multiplicada atención, si nos hacemos eco del uso tradicional en Vilvestre que pasa de ser baile de bodas a baile de quintos, superando el número de ejecutantes. De una pareja puede llegar a una decena en ocasiones.

Todos los bailes, descritos o citados cumplen a su vez unas características determinadas que las gentes salmantinas exigen a toda aquella persona que se tenga por buen bailarín. Por ejemplo el empleo de "palillos" (15) en menor grado que las castañuelas, "mangadas" (16) éstas entre los dedos índice, corazón y anular en el hombre o el "triscar" (17) los dedos pulgar y corazón las mujeres, aunque éstas algunas veces utilizaban diminutas castañuelas denominadas "pitos".

La posición de los brazos, tiene también su importancia. El hombre deberá mantenerlos bien extendidos, en forma de astas de toro, sin sobrepasar la altura del hombro aunque los mozos en El Rebollar rompen "los cánones", levantándolos notablemente. La mujer cuidará de mantener los brazos algo más bajos y cerrados que su pareja, atendiendo también (haciendo colación de costumbres antiguas) a tener la mirada algo más baja que el hombre, en señal de delicadeza y recogimiento.

DANZAS SALMANTINAS DE TIPO TRADICIONAL

Aunque el límite entre baile y danza no está fijado de una manera total y consciente entre las gentes que gustan del arte de Terpsicore en nuestros pueblos, podemos seleccionar algunos ejemplos que a nuestro entender poseen cuantos requisitos coreográficos y de preparación deben cumplir aquellas formaciones múltiples, rítmicas y coordinadas.

Quizás el tipo de danza más extendido en la provincia de Salamanca sea —valga la redundancia— “Las danzas” o “Paleos”, evoluciones practicadas siempre por varones indistintamente al son de gaita y tamboril o de dulzaina y redoblante. Compuestas éstas de distintos “lazos” o partes poseen o su vez numerosas “mudanzas” o cambios en los que se verá la agilidad y compenetración, amén de sincronía de los danzantes si no quieren escuchar del “Gracioso”, “Bobo” o “Zamarrón”, es decir, del maestro de danza, que han “mascado”, término técnico para señalar que han chocado a destiempo los palos. A pesar de ser eminentemente instrumentales estas danzas no por ello estaban desprovistos de sus respectivas letras, poseyendo a su vez un orden muy concreto de ejecución que suele dar fin con “La venía”, último de los distintos lazos, diferente del resto en su ritmo, acercándose más a un baile con todos sus arrequives.



Suelen sorprendernos los danzantes —peculiarmente ataviados conforme a sus continuos ejercicios— con la realización del “Castillo”, número que en esta provincia podemos encontrar en dos vertientes. Una que podríamos describir como de torre humana (18) y otra en una estructura determinada que ayudará a uno de los componentes a realizar una vuelta completa sobre el macizo central, compuesta por sus compañeros previo baileteado en derredor de cada uno para ir ocupando el puesto asignado que hará posible el esperado y lucido final.

Merece destacarse entre todos los paleos conocidos el ejecutado en Lagunilla y denominado “El corcho” (19) en el que uno de los danzantes porta un corcho de abejas en su espalda, que será golpeado por sus compañeros con los palos.

Si masculino es el privilegio de ejecutar “paleos”, las mujeres poseen danzas similares en las que cambian los palos de madera por tapaderas de latón, a lo que denominan “Bailar las tapaderas”. Mas lo especialmente femenino es bailar “Las cintas”, “El cordón” o “El ramo” (según uso serrano o de Villavieja de Yeltes en el que se recuerdan pretéritas danzas dendolátricas en su plástica). “Tejer o tecer” y “destejer o destecer” al ritmo de un estribillo de jotas charro o fandango es el menester que las mozas deben llevar a buen fin, aprovechando el ecuador de tal danza para echar “Las relaciones” oportunas al santo o virgen celebrado, pidiendo aquellas gracias que sean necesarias y deseables para el pueblo, autoridades, amigos y familiares del relator. En sí, tanto al comenzar como al terminar “El cordón” es usual que entonen a coro unas letrillas las mujeres danzantes.

Contrarias al paseo solemne y ceremonioso de “La contradanza” de Valero pueden ser “Las ruedas” alegres y abiertas como lo demuestra el “Tresbolillo” de la serrana Herguijuela, siendo un punto intermedio tanto por su movimiento como por su desarrollo el llamado “Baile de las Madrinas” de Villasbuenas, propio de realizarse como motivo del “Ofertorio a Santa Marina” y en el que la mujer —rompiendo un poco moldes— juguetea con los brazos (en singular devaneo) mientras se ocupa en paralelo con los hombres familiares que le acompañan en su madrinazgo.

Acabemos este repaso por las danzas en Salamanca comentando “Las boleras” localizadas especialmente en Sequeros y San Felices de los Gallegos, donde igualmente conocemos el paralelo “Baile de los lanceros”, que a su vez describe fidedignamente Dámaso Ledesma

(20), compuestos ambos de cuatro partes (con "marcha", "puente" y "cadena") señalando una posible influencia tanto musical como literaria de las seguidillas manchegas en el caso de las boleras sequerinas, ya que éstas poseen letra.

ULTIMO DECIR EN TORNO A BAILE Y DANZAS

Como a casi todos los materiales observables de tipo folklórico o tradicional, a los párra-

- (1) "Soleta", bailar muy bien.
- (2) "Borneo", giro ágil del pie en el aire.
- (3) "Picaos", golpes rítmicos dados con la punta y tacón del pie, diferentes según los pasos utilizados.
- (4) "Rebollar", entendemos desde el punto de vista del folklore a El Rebollar unidad distinta a las Sierras, división geográfica en la que el profesor Llorente Maldonado la engloba en su estudio "Las comarcas históricas y actuales de la provincia de Salamanca", Salamanca, 1976.
- (5) Ver en "Revista de Folklore" (N.º 19) el artículo "La gaita y el tamboril en las comunidades rurales en el antiguo Reino de León", por Alberto Jambrina Leal.
- (6) Con las variedades de "corridos", "saltados o picados", "brincados" y "sentados".
- (7) Con las variedades de "verdadero", "golpeo" y "pasao".
- (8) El pandero peñapardino es de factura cuadrada, hecho con piel de cabra, montada ésta sobre un bastidor cubriendo ambos lados. Tiene unas medidas de 37 cms. de lado y 7 de ancho. Se tañe con una porra "cachera" o "cachela" en la mano derecha, contrapunteando con los dedos de la izquierda, excepto el pulgar que servirá de sujeción al instrumento por medio de una cinta, cuando éste se halla sostenido sobre la pierna izquierda, reposada en alto y en posición de tocar.
- (9) Hoy Rebollar. Ver Llorente Maldonado, ob. cit., pág. 67.
- (10) Sujétanse las lugareñas el rabo de la sartén bajo el

fos precedentes les falta la plástica y el movimiento para llegar a comprender las opiniones aquí expuestas.

Y como ese baile o danza no es un hecho aislado, sino fruto de una circunstancia, fecha o acontecimiento, sería deseable conocerlas en su contexto, entre sus gentes, paisajes, atavíos y aderezos, aunque como escribía al comenzar este estudio, es un baile más para ser vivido que para ser contemplado.

* Ilustraciones: Víctor González Crespo.

brazo izquierdo, sosteniendo ésta con la mano respectiva por la pared de la misma, habiéndose previamente colocado un dedo en el dedo corazón para ayudar contrapunteando a los golpes que una cuchara de alpaca dará en el hondón, mientras los silencios de la cantora o en la pared cuando entona ésta la correspondiente canción.

(11) Dialectismo salmantino que define una capea o corrida de toros sin lidiador que mate los animales.

(12) Ver en "Narria" (N.º 15-16) el artículo "Las fiestas de las Aguedas en Miranda del Castañar", por Antonio Cea Gutiérrez.

(13) Ledesma, Dámaso: "Cancionero Salmantino". Imprenta Provincial, Salamanca, 1972.

(14) También llamado así la "Rosca" o "Roscón".

(15) Ver en "Revista de Folklore" (N.º 2) el artículo "Anotaciones históricas sobre las tejoletas o palillos castellanos", por Juan Bautista Varela de Vega.

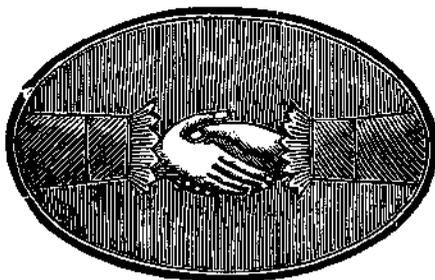
(16) Dialectismo salmantino, acto de colocarse las castañas correctamente.

(17) También denominado "tocar los pitos".

(18) A modo de los "castellers" mediterráneos.

(19) Posiblemente emparentado con "El Zángano", de la provincia de Valladolid y con "El Corcho" de Guadalajara entre otra, pues es sabido fueron abundantes las danzas apícolas en diversas zonas de España de las que se permite intuir un cierto sentido mágico en su origen.

(20) Ledesma, Dámaso. Ob. cit., pág. 201, 202 y 99.



CANCIONES Y CUENTOS

ROMANCE

*En un pueblecito de las Vascongadas,
había una joven hermosa y juncal,
y un chico soltero de padres muy ricos,
con falso cariño la hizo jovial.*

*Chiquilla bonita, capullo de rosa,
chiquilla bonita, por Dios quiéreme,
déjame que bese tu cara preciosa
y junto a tu lado esclavo seré.*

*Y con mimos y caricias hacerla suya logré,
y gozando venturoso las delicias del amor.
Si me pides yo te doy sangrecita de mis venas,
te daré lo que me pidas y te haré mi linda es-
que por ti loquito estoy. [posa,*

*Pasado algún tiempo aquel señorito
le dijo a su amada debo de marchar,
para examinarme y cuando regrese
contigo mi vida me voy a casar.*

*Del fruto bendito de aquellos amores
nació un angelito que era encantador,
y ella embelesada de tiernas caricias
lo crió con mimo, dulzura y amor.*

*Y una carta traicionera su dulce sueño turbó.
pues amada mía, dijo, tienes que olvidar mi
[amor.*

*Con el alma dolorida me da pena confesarte
con el alma dolorida me lo prohíben mis padres,
ser la esposa querida y debes de olvidar mi
[amor.*

*De pena y vergüenza por ser vos tan joven,
de pena y vergüenza la pobre murió.
Y aquel niño hermoso quedó abandonado,
malas compañías, llegó a ser ladrón.*

*Por robo de joyas fue encarcelado,
se celebra el juicio que es sensacional,
y aquel señorito llegó a magistrado,
siendo de la causa de su hijo el fiscal.*

Y al acusarle su padre el hijo le respondió:

*—De la honra de mi madre también fuiste tú
[ladrón,
y el que a un hijo le abandona y a una mujer
[la deshonra,
es la causa detestable que la sociedad pregona.
¿Verdad que fuiste culpable?*

*Herido de muerte cayó así diciendo:
—Que Dios me perdone, injusto yo fui,
mi fortuna y bienes serán “pa” mi hijo,
que se realice y sea feliz.*

Y cantando así la copla, de esta manera murió.

*Cantó: Jesús Peña, natural y residente en Lan-
gayo. 60 años.*

Recogió: J. M. Rivera Manteca.

*Estando un día en el monte
cortando leña pude observar,
que un cazador desde lejos
me hacía señas con mucho afán.*

*Yo seguí cortando leña,
y el atrevido se acercó a mí,
me agarró de la toquilla
y sonriendo me dijo así:*

*—No cortes más leña, linda leñadora,
que quiero que seas mi querida esposa,
y si quieres ser feliz en el mundo,
no cortes más leña y ganarás mucho.*

*Desprecia esta triste vida
porque no ganas para comer,
y a mí no me podrás dar,
de los manjares que pueda haber.*

*Preciado de tu belleza
toda la vida estaría yo,
¡oh!, qué dichosa sería,
si tú me amaras de corazón.*

*Y desde el momento en que te conocí,
tengo el pensamiento siempre puesto en ti,
yo te quiero a ti aunque seas pobre,
como si tú fueras la hija de un conde.*

*Cantó: Angela Peña, natural y residente en Lan-
gayo. 80 años.*

Recogió: J. M. Rivera Manteca.

ROMANCE DE PASION

*Jesucristo se ha perdido
María le va a buscar,
le busca de huerto en huerto
desde rosas en rosas,
debajo de un rosal blanco*

*un hortelano allí está
hortelano de mi vida
me has de decir la verdad
si Jesús de Nazareno
por aquí le has visto pasar.*

*—Sí, Señora, sí le he visto
hasta del gallo cantar
una cruz lleva en sus hombros
que le hacía arrodillar
una soga en la garganta
que de ella tirando va.*

*De judíos y judías
mal acompañado va.
Caminemos Virgen pura
caminemos al calvario
que por pronto que lleguemos
ya le habrán crucificado.*

*Ya le clavaron los pies
ya le clavaron las manos
ya le dieron la lanzada
y en su divino costado
la sangre que derramó
cayó en un cáliz sagrado
y el hombre que la bebiere
será bienaventurado
y en el cielo será rey
y en la tierra coronado
y en el ala de la Cruz
máteme usted a mí.*

Informante: Filomena López Sánchez, de 85 años, natural de Carpio y residente en Medina del Campo.

Recogió: Antonio Sánchez del Barrio, el 27-VII-82, en Medina.

GALAS DE NOVIOS

(Tornabodas)

*La mesa con los manteles
está todo muy lucido,
para cantar a los esposos
licencia señores pido.*

*Que no te pese mudar de estado
y de mayo coger la flor,
hoy la dice el novio a la novia
gozaremos la dicha de amor.*

(Estribillo)

*Aquí te entrego esta granada,
repártela por la mesa
y amarás a tu marido
como Dios amó a la Iglesia.*

(Estribillo)

*A ti te digo esposo
la tengas mucho cariño,
que en lo que estuvo con sus padres
mucho siempre la han querido.*

(Estribillo)

*A los padres de la novia
quién les podrá consolar
que les quitan la paloma
de su rico palomar.*

(Estribillo)

*Despediros de amistades
y también de los amigos,
no olvidéis a vuestros padres
porque mucho os han querido.*

*Que no te pese mudar de estado
y de mayo coger la flor,
hoy le dice el novio a la novia
vámonos, vámonos, vámonos.*

Recogido a Teófila González Bragado, de 78 años de edad, natural de Pozal de Gallinas y residente en Medina del Campo, por Antonio Sánchez del Barrio, el 26-VII-82, en Medina.



CANTO DE ROMERIA A LA VIRGEN
DE LOS REMEDIOS
(Despedida)

*Adiós Reina del Cielo,
Madre del Salvador,
dulce prenda dorada
de mi sincero amor,
adiós, adiós, adiós,
adiós, María, adiós.*

*Al despertar, Señora,
me llama el corazón,
te lo entrego, Señora,
danos tu bendición.*

*Adiós Reina del Cielo,
Madre del Salvador,
dulce prenda dorada
de mi sincero amor,
adiós, adiós, adiós,
adiós, María, adiós.*

*Adiós, adiós, adiós Reina del Cielo
Madre de Dios
Virgen de los Remedios
ten compasión
píde por los enfermos
danos salvación
el pueblo te pedimos
con mucho fervor
no los desampares
danos salvación.*

*Adiós, dulce Madre,
adiós, adiós,
adiós, Reina del Cielo
Madre de Dios.*

Recogido a Teófila González Bragado, de 78 años de edad, natural de Pozal de Gallinas y residente en Medina del Campo, por Antonio Sánchez del Barrio, el 26-VII-82, en Medina.

CANTO DE LA ROMERIA DE SAN MIGUEL
(Canto de los danzantes)

*Al glorioso San Miguel
le sacan en procesión
los vecinos de Gallinas
que le tienen devoción.*

*Tin tin tin, arriba Martín,
tan tan tan, para machacar.*

(Estríbillo)

*El herrero machaclavos,
el barberillo afeitar,
el cura a decir la misa
y el sacristán a cantar.*

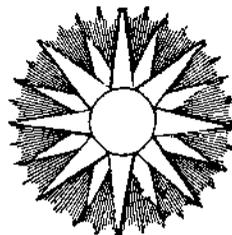
*Yo no quiero irme a misa
tampoco a la procesión,
tengo que quedarme en casa
remendando un pantalón.*

(Estríbillo)

*Moronado y Sacristán, tilín tilán
vivian bien los dos, tilín tilón
al miedo al que dirán, tilín tilán
salen de procesión, camino de Tetuán
con el tilín tilín tilín, talán talán talán talán, el
[monaguillo y sacristán y sacristán.
con el tilín tilín tilín, talán talán talán talán, el
[monaguillo el monaguillo y sacristán.*

Informante: Teófila González Bragado, de 78 años, natural de Pozal de Gallinas y residente en Medina del Campo.

Recogió: Antonio Sánchez del Barrio, el 27-VII-82, en Medina.





Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular
VALLADOLID